7234

Mister Beverley

COMEDIA EN CUATRO ACTOS

DE

G. BERR y L. VERNEUIL

Inspirada en

THE BARTON MYSTERY, de W. HACKETT

traducida por

ENRIQUE THUILLIER

Copyright, by Enrique Thuillier, 1918

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1918

MISTER BEVERLEY

COMEDIA

en cuatro actos, de G. Berr y L. Verneuil

inspirada en

THE BARTON MYSTERY, de W. HACKETT

traducida por

ENRIQUE THUILLIER

Estrenada en el TEATRO LARA el 8 de noviembre de 1918

MADRID
R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.
TELÉFONO, M 551
1918

A Don Jacinto Benavente.

Como prueba de admiración y afecto, le dedico la humilde parte que me corresponde sn esta obra, deseando dedicarle, algún día, un trabajo original.

Enrique Thuillier.

Mister Beverley.—Emilio Thuillier.

Digitized by the Internet Archive
in 2015

https://archive.org/details/misterbeverleyco541berr

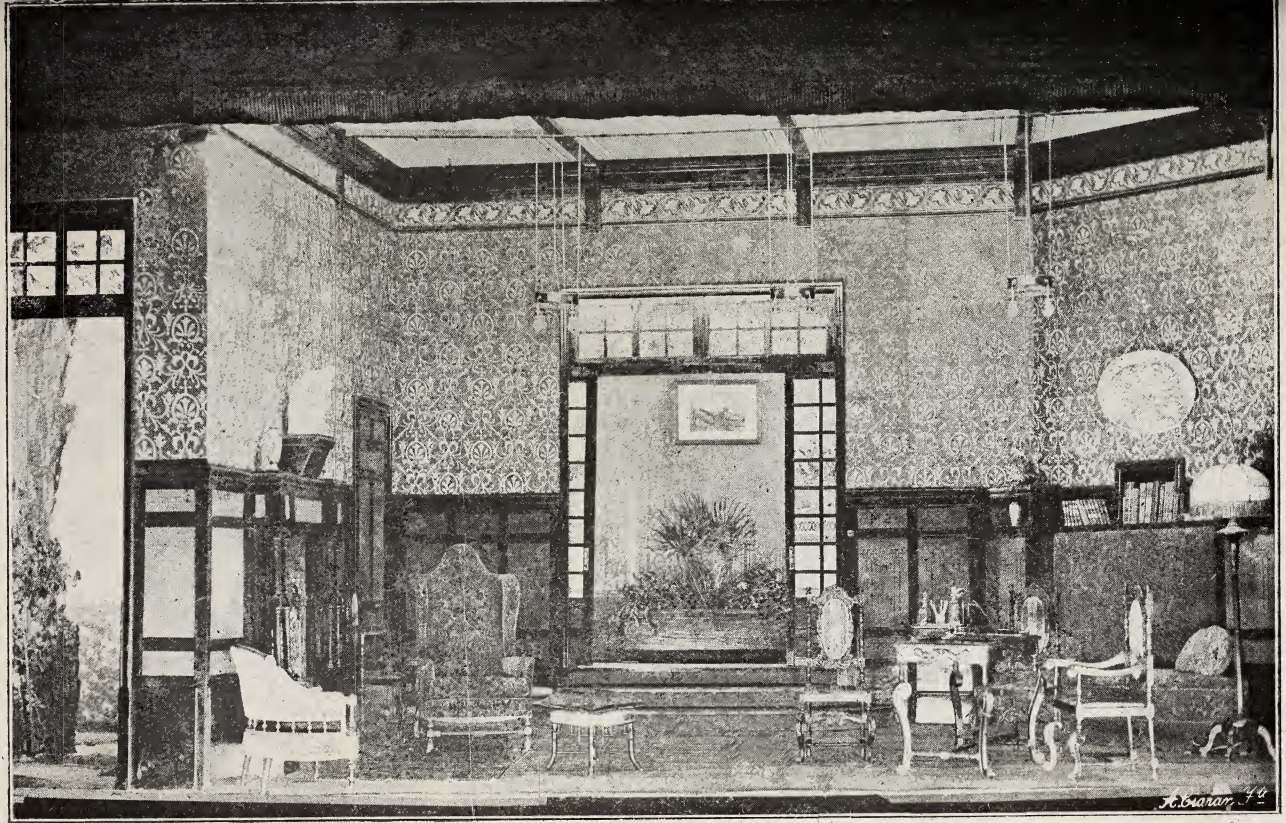
REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ETHEL STANDISH, 26 años....	Srta. Palou.
ALICIA GRAY, 23 íd.....	Gelabert.
MISTRESS BARTON, 30 íd.....	Sra. S. Ariño.
LADY MARSHALL, 46 íd.....	Srta. Alba.
BEVERLEY, 45 íd.....	Sr. Thuillier.
RICARDO STANDISH, 35 íd....	García Ortega.
SIR EVERARDO MARSHALL, 55 íd.....	Isbert.
ENRIQUE MAITLAND, 32 íd...	Gonzálvez.
JIMMY, 23 íd.....	Manrique.
O'MARA, 45 íd	Pacheco.
NED, 60 íd.....	Mora (J.)

La acción en Londres, en casa de Ricardo Standish.—Epoca actual. Fines de setiembre

Forma de pronunciar los nombres de los personajes.

Ethel.	**Ézel.**
Gray.	**Gréi.**
Mistress	**Mísis.**
Lady.	**Léidi.**
Beverley	**Béverli.**
Standish	**Stándich.**
Sir.	**Ser.**
Marshall	**Márchal.**
Maitland	**Métlan.**
Jimmy.	**Yímmi.**
Bárton, O'Mara y Ned.	**Como se escribe.**


H. Gharan Fec

ACTO PRIMERO

Hall rico, estilo inglés, en casa de Ricardo Standish.

Al foro derecha, en ochava, puerta que da al comedor. Al foro centro, puerta que da a la antecámara. En primer término izquierda y frente al público, gran puerta de cristales al jardín En primer término derecha, puertecita que comunica con el resto de las habitaciones. Chimenea en segundo término derecha. En segundo término izquierda, gran sofá inglés, de caoba, empotrado en el muro, con cornisa-biblioteca. Delante del sofá una mesa. A la derecha, delante de la chimenea, gran mesa escritorio. Lámpara en el techo. Dos lámparas más; una sobre cada mesa. Teléfono.

Son las siete de la tarde, durante el mes de setiembre. Las luces están encendidas. La luna ilumina el jardín, que se ve por la puerta de la izquierda.

ESCENA PRIMERA

ENRIQUE, ETHEL y ALICIA

Enr. (Con un álbum de dibujos en la mano, va pasando las hojas lentamente ante Alicia y Ethel, que miran con aire distraído.) Este es el pórtico de la iglesia vieja de Greenwich. (Pronúnciese «Grinwich.») ¿Lo reconocen ustedes?

Ethel Sí, sí...

Enr. (Volviendo la hoja.) El tío Mac Nórton. ¿Le recuerdan?... decano de los pescadores de Ramsgate. (Pronúnciese Ramsguéit.)

Alicia Sí, sí; ya recuerdo...

Ethel ¿Qué hora es?

677207

Enr. (Consultando su reloj de pulsera.) Las siete y cuarto. ¡Muchas gracias! (Cierra el álbum.)

Alicia ¿Gracias? ¿Por qué?

Enr. Por la atención con que miran ustedes mis dibujos.

Alicia (Con tono que es reproche y súplica al mismo tiempo.) ¡Enrique!...

Enr. Sí, sí; ya sé. Tienen ustedes el pensamiento en otra parte. Hoy es el final de la vista. Hay que hablar del proceso Bárton, no hay más remedio. ¡Está bien; hablemos del proceso!

Ethel Bárton era socio de mi marido.

Enr. Lo sé: Bárton, socio de Ricardo, fué asesinado hace tres meses por un obrero de la fábrica, llamado Spalding. (Pronúnciese «Spóldin.) ¿No es eso? El caso es de una vulgaridad...

Alicia Lo que no es razón para que no nos preocupe.

Enr. La muerte de Bárton, que dicho sea de paso, era muy poco simpático, no creo que fuera para ustedes un gran dolor.

Ethel (Vivamente.) No tenía verdadera amistad más que con mi marido; nosotras apenas le veíamos.

Enr. Pero la suerte del acusado, a quien probablemente no habrán ustedes visto nunca, les interesa más que la de la víctima... No puedo explicarme por qué se preocupan ustedes tanto...

Alicia Enrique...

Enr. Sí, sí... Evidentemente... Yo no soy más que tu prometido y no he asesinado nunca a nadie. Tendré que matar a alguno para que pienses en mí.

Ethel ¡Por Dios, Enrique!

Alicia (Nerviosa.) ¡Te burlas de todo, tomas a broma las cosas más graves!...

Enr. (Sorprendido de la vehemencia de Alicia.) ¡Oh! ¡Oh! ¡Alicia!

Alicia (Vivamente.) ¡Perdóname, Enrique! Pero ese proceso del que habla todo Londres... Los periódices, que se ocupan todos los dias de mi hermana y de su marido... Estoy nerviosa... antipática, lo comprendo, y he sido injusta contigo. (Con dulzura.) ¡Perdóname! ¡Vamos, enséñame los dibujos!

Enr. Eres demasiado amable, demasiado indulgente... Y yo no quiero serlo menos. No te importunaré de nuevo con mis dibujos. (Mirando el reloj.) Además, no tengo tiempo.

Ethel ¿No come usted con nosotros?

Alicia (A Ethel.) Hace tres días que no come con su madre y esta noche quiere dedicársela.

Ethel Eso prueba que es un buen hijo.

Enr. Y un mal novio. Aunque estoy seguro de que Alicia me perdona. Además, esta noche come con ustedes el matrimonio Marshall. ¡Los insoportables Marshall! Lo extraño es que no estén aquí ya.

Ethel Están en la Audiencia.

Enr. ¡Claro! ¡Como todo el mundo!

Ethel Vendrán con Ricardo.

Alicia (Que ha estado reflexionando.) Verdaderamente son insoportables.

Enr. ¿Y Lady Marshall, sigue entregada a sus experimentos de espiritismo?

Alicia Más que nunca.

Ethel Es una nueva manera de vigilar a su marido. Pregunta a los espíritus si la engaña.

Enr. ¿Y qué responden los espíritus?

Alicia Probablemente que no pueden ocuparse en averiguar ridiculeces.

Enr. Es extraordinaria, a su edad, esa pasión por su marido.

Ethel Es muy celosa.

Alicia (Sonriendo.) Y su marido, incorregible.

Enr. Es muy enamoradizo, ¿verdad?

Ethel ¡A su edad! ¡Cincuenta y cinco años!

Alicia ¡Y calvo!

Ethel ¡Y con esa figura!

Enr. Y sobre todo tan tonto.

Alicia Como su mujer.

Ethel En otro estilo...

Alicia Pero tan tonto como ella.

(Se oye la bocina del automóvil.)

Ethel Ahí deben de estar. Los hemos evocado.

Enr. Me marcho por el jardín.

Alicia ¿No quieres ni saludarlos siquiera?

Enr. Es muy tarde.

Alicia Es verdad. Te acompaño hasta la estación. Así...

Enr. Así es seguro que pierdo el tren. Pero me es igual, tomaré el siguiente.

ESCENA II

DICHOS, NED. Después LADY MARSHALL y SIR EVERARDO

Ned (Por el foro, anunciando.) Sir Everardo y lady Marshall.

Ethel No nos habíamos engañado.

Mars. (Entrando por el foro presurosa.) ¡Qué sesión, amigas mías, qué sesión! (Da la mano a Ethel y a Alicia sin ver a Enrique.)

Alicia (Vivamente.) ¿Y la sentencia?

Mars. (Con satisfacción.) ¡Absuelto!

Alicia / **Ethel** (Con alegría.) ¡Ah!

Mars. (Continuando.) Seguramente será absuelto.

Enr. ¿Cómo será? ¿No lo ha sido aún?

Mars. (Se vuelve al oir la voz de Enrique y va a saludarle.) ¡Ah! Buenas tardes, Maitland, no le había visto. ¿Cómo está su madre de usted?

Enr. Admirablemente, muchas gracias.

Mars. ¡Ay! Respiro. Anoche soñé que estaba enferma.

Alicia (Con ansiedad.) ¿Pero, entonces, la vista no ha terminado aún?

Ever. Sí, el Jurado se quedó deliberando.

Ethel (Asombrada.) ¿Y se han marchado ustedes sin aguardar la sentencia?

Mars. Bien a pesar mío.

Ever. Y mío también.

Alicia Entonces, ¿cómo asegura usted que Spalding será absuelto?

Mars. Porque se lo he preguntado a los espíritus y todos están de acuerdo. Todos, todos me han contestado: ¡Spalding será absuelto!...

Ever. Entonces, es hombre perdido.

Enr. (A Lady Marshall.) ¿Y sólo por esa razón no han esperado ustedes a que el Jurado...?

Mars. (Mirando a su marido.) No ha sido por eso. Ha sido por otra cosa.

Ever. No hemos esperado, porque...

Mars. (Severamente.) ¡Calla, Everardo, que hay delante una muchacha soltera!

Ethel ¿Han visto ustedes a Ricardo?

Mars. Ha estado a nuestro lado todo el tiempo.

Enr. Pero como a él no le hacen confidencias

los espíritus, tendrá que aguardar pacientemente la sentencia.

Alicia ¿Tarda mucho en deliberar el Jurado?

Ever. ¡Oh! Una hora. Generalmente hablan de todo menos del proceso; pero es absolutamente necesario que la deliberación dure una hora.

Enr. ¡Una hora! No puedo esperar; me marcho. Ya leeré luego los periódicos. (Dando la mano a lady Marshall.) Encomiéndeme usted a los espíritus, lady Marshall.

Ever. (A media voz, despidiéndose de Enrique.) Spalding será condenado, no le quepa a usted duda.

Enr. (Lo mismo.) Así lo creo. (A Alicia.) ¿De veras me acompañas a la estación?

Alicia Sí. (A los Marshall.) ¡Hasta ahora! (A Ethel.) Estaré de vuelta antes de que venga Ricardo.

Ethel Probablemente. (Los acompaña hasta la puerta del foro. Enrique y Alicia hacen mutis. Ethel cierra la puerta y vuelve a escena.)

ESCENA III

ETHEL, LADY MARSHALL y SIR EVERARDO

Ethel Pero, ¿cómo no han esperado ustedes la sentencia?

Ever. Porque mi mujer ha creído ver...

Mars. (Rectificando.) Porque he visto... que mirabas lúbricamente a una morena que estaba tres filas detrás de nosotros. Llevaba un pájaro rojo en el sombrero...

Ever. (Con fuerza.) ¡Falso! Era rubia y llevaba un sombrero verde.

Mars. (A Ethel.) ¿Vé usted qué modo de sincerarse?

Ever. No me sincero; rectifico.

Ethel (Conciliadora.) Se puede mirar a una mujer sin que eso signifique...

Mars. ¡Ah, hija mía! No conoce usted a mi marido. Si no le hubiera cogido por el brazo, obligándole a salir de allí... a estas horas me habría engañado.

Ever. ¿En plena Audiencia? ¿Ves cómo no estás en tu juicio?

Ethel Exagera usted, querida amiga. Sir Everardo es un marido modelo.

Ever. ¡Gracias, Ethel! (A lady Marshall.) ¿Lo ves?

(A Ethel.) Es verdad que he mirado con cierta insistencia a esa señora... A alguna parte hay que mirar, ¡qué demonio!... Lo que tiene a mi mujer en este estado de nerviosidad es su inmoderada afición al espiritismo. No piensa más que en mediums, sonámbulos, magos y ocultistas, y su monomanía se agrava por instantes.

Mars. (Con desdén.) Te ruego que no profanes con tus palabras el altar de un templo, que, para ti, permanece cerrado. Hablemos de otra cosa.

Ever. Mejor será.

Mars. ¿Y usted, Ethel, cree en la inocencia de Spalding?

Ethel (Turbada.) Yo no sé...

ESCENA IV

DICHOS y O'MARA, que entra por la derecha con unos papeles en la mano

Mars. ¿Usted qué opina, O'Mara?

O'Mara (Sorprendido.) ¿De qué, lady Marshall?

Mars. (Indignada.) ¡Pues no pregunta que de qué!

Ethel Del proceso Bárton.

O'Mara (Con cierta reserva.) ¡Ah! Es un asunto muy complicado.

Ever. ¿Complicado? Un obrero disputa con su amo. Dos horas más tarde éste aparece muerto de un balazo en la cabeza. A su lado hay un revólver que es el del obrero. ¿Lo quiere usted más claro?

Ethel Indudablemente las pruebas son abrumadoras.

O'Mara (Sin convicción.) Indudablemente...

Mars. (A O'Mara.) ¿Y es eso todo lo que se le ocurre a usted? ¡A usted, un antiguo policía! (Mirándole con los impertinentes.) Porque usted ha sido de la policía, ¿verdad? antes de ser secretario de mister Standish.

O'Mara (Rectificando.) ¿De la policía? No. He sido escribano, que no es lo mismo.

Mars. ¿Escribano?

O'Mara Sí. ¡He sido tantas cosas! No hay oficio malo, milady. (Pronúnciese «Miléidi.)

Ethel Y ¿cómo no ha ido usted a la Audiencia?

O'Mara Mister Standish me encargó para esta tarde un trabajo urgente. La muerte de mister Bárton ha trastornado mucho los asuntos de la fábrica. Tenemos que trabajar a todas horas.

Ever. ¿Era grande la fortuna de Bárton? ¿Deja mucho?

O'Mara No; gastaba sin tino. La herencia se reduce a unas mil doscientas libras.

Mars. (Con ligereza.) ¡Pobre mistress Bárton! Tendrá que suprimir su lujo asiático.

O'Mara ¡Oh, mistress Bárton no está en situación de ser compadecida. Por lo pronto, el contrato de la asociación Bárton-Standish, le dará la mitad de los beneficios de la fábrica durante cinco años; y además, tengo entendido que su marido hizo un seguro por una cuantiosa suma, que ahora cobrará su viuda.

Mars. ¡Ah!

ESCENA V

DICHOS y STANDISH

Ethel (Al ver a su marido en la antecámara.) Aquí está Ricardo.

Todos ¿Qué hay?

Stand. ¡Condenado a muerte!

Ethel (Horrorizada.) ¡Oh!

O'Mara (Bajando la cabeza.) Era inevitable.

Ever. Estaba descontado. Las corazonadas de mi mujer me permiten acertar siempre.

Ethel (A su marido.) ¿Pero no hay atenuantes?

Stand. Ninguna. Ni la vida de Spalding, ni su carácter, ni su rectitud, ni sus antecedentes, nada ha bastado para salvarle.

Ethel Sin embargo, tu declaración...

Stand. He dicho cuanto podía decir. Que era un obrero excelente, un hombre honrado y bueno... Es cierto que se encolerizaba fácilmente... Pudo tener... seguramente tuvo una discusión violenta con Bárton.., Jimmy oyó sus voces... ¡Pero de eso a cometer un crimen!... He declarado que tengo la convicción de su inocencia, de que a pesar de las apariencias, a pesar del revólver, no ha sido él quién mató a Bárton. Y todos sus com-

pañeros de la fábrica han confirmado mi declaración.

Ethel Pero entonces... entonces...

Stand. Es que hay muchos testigos de cargo... Primeramente Jimmy...

O'Mara Y luego mistress Bárton.

Stand. Sí, mistress Bárton que ha comparecido ante los jueces con actitudes teatrales, envuelta en crespones, con los ojos arrasados en lágrimas. Su declaración ha sido sensacional, abrumadora. ¡Definitiva!

Ever. ¡Cierto!

Stand. (Continuando.) Afirmó que Spalding detestaba a Bárton, que es un anarquista militante, y ha terminado diciendo trágicamente: ¡Ese hombre ha matado a mi marido, ha destrozado mi vida; yo os pido la suya en cambio!

Ever. ¡Textual!

O'Mara ¿Y la actitud del acusado?...

Stand. ¡Deplorable! Siempre el mismo sistema de defensa. Esa carta que dice haber recibido de Bárton.

O'Mara Y que no ha sido posible encontrar...

Stand. ¿Por qué ha inventado esa historia tan inverosímil?

O'Mara Seguramente aconsejado por su defensor. Es un recurso poco ingenioso.

Ever. De todos modos, si realmente es un anarquista...

Stand. (Vivamente.) ¡No, no lo es!

Ever. Usted perdone; pero mistress Bárton asegura...

Stand. ¿Las opiniones políticas de Spalding? Son las mías. Es un socialista razonable. Desea la elevación de la clase obrera; que los trabajadores participen de los beneficios que proporcionan a los patronos. Nada más justo.

Mars. Ricardo, es usted un revolucionario.

Stand. Un revolucionario, sí.

Ever. ¡Magnífico!

Stand. Pero dime, Ricardo, ¿la sentencia de Spalding es irrevocable?

Stand. Sí.

Ethel ¿No hay apelación... casación... qué sé yo... algo?

O'Mara Para que hubiera lugar a casación, tendría

que existir un vicio de forma... y la defensa lo hubiera aprovechado ya. Sólo queda el indulto, que será propuesto al Rey, y que el Rey rechazará seguramente.

Ethel ¿Por qué ha de rechazarlo?

O'Mara Su Majestad ha concedido ya tantos en estos últimos tiempos que uno más...

Ever. ¡Es verdad!

O'Mara Está fuera de duda; Spalding será ejecutado. Es solo cuestión de días.

Stand. Pero ejecutarán a un inocente.

Ever. (Con aire de duda.) ¡Un inocente!...

Stand. ¡Sí, un inocente! Estoy seguro. ¡Seguro! ¡Spalding no es culpable! La sentencia es una iniquidad!

Ethel ¡Por Dios, Ricardo, cálmate!

Mars. Spalding no es ni su hijo ni su hermano.

Stand. (Nervioso.) ¡Ah! A ustedes les da igual que condenen a un inocente, siempre que no sea un hijo o un hermano... No, Spalding no es más que uno de mis obreros, pero yo daría la mitad de mi fortuna por salvarlo. (Pausa.)

Mars. (De pronto.) ¡Tengo una idea!

Stand. ¿Cuál?

Mars. ¿Y si consultásemos a mister Beverley?

Ever. (Soltando la carcajada.) ¡Mister Beverley! .. ¡Oh! ¡Magnífica idea!

Mars. (Ofendida.) ¡Eres ridículo, Everardo.

Ethel ¿Quién es mister Beverley?

Ever. ¡Su oráculo, su adivino, su profesor de magia, su dios! Un hombre que por un chelín les pondrá a ustedes al habla con Cromwell, (Pronúnciese Crómgüel.) y por una guinea con Napoleón.

Mars. (Secamente.) Te suplico que te calles. (A Standish.) Mister Beverley es el vicepresidente de la Sociedad Inglesa de Investigaciones Psíquicas. Discípulo del doctor Guthrie (Pronunciese Guézri.) y del profesor Hermann. (Pronúnciese Erman.) Su poder es indiscutible. Lee el pasado, el presente y el porvenir, como nosotros leemos los periódicos.

Ethel Es un brujo. (Sonriendo.)

Mars. Nada de eso. Es un espíritu. Habla con los muertos. Tiene intuiciones, éxtasis, sueños proféticos... y no hace falta decirle las cosas, porque oye lo que uno piensa. Consúl-

tele usted, Ricardo, consúltele usted. Si la verdad se oculta, únicamente él es capaz de desenmascararla.

Ethel Sin embargo, para un asunto tan grave... un espíritu.

Stand. Yo no tengo prejuicio alguno, y si míster... (Intenta recordar el nombre.)

Mars. Beverley.

Stand (Continuando.) Mister Beverley puede sernos útil...

O'Mara (Que está al extremo izquierda de la escena.) Seguramente. No tiene nada de tonto.

Ever. (Asombrado.) ¿Le conoce usted?

O'Mara Le conocí hace tiempo... También él fué de la policía, lady Marshall. Luego he sabido que se ha entregado al ocultismo.

Mars. (Desdeñosa.) ¿Desprecia usted la psiquiatría, O'Mara? ¿No es usted psiquiatra?

O'Mara No soy más que psicólogo, milady. En cuanto a Beverley, la idea de consultarle como medium me parece muy discutible; pero la de consultarle como policía la encuentro acertadísima. Lo repito: Beverley es muy inteligente.

Stand. (Con resolución.) ¿Y dónde se le podría ver?

Ethel ¿Pero piensas seriamente?

Mars. (Molesta.) ¿Y por qué no, amiga mía?

Ever. (Mira a Standish y luego rompe a reir con toda su alma.) ¡Ya lo creo que lo piensa! ¡Bravo! Yo en su lugar no perdería un instante. Mister Beverley estará, seguramente, en un bar situado junto al cuartel de artillería. Siempre que mi mujer le necesita envía a buscarle allí. (Consultando el reloj.) Las ocho menos veinte. Debe de estar en su quinto whisky.

Mars. (Fuera de sí.) ¡Everardo!

Ever. (Continuando.) Porque hay que advertir que mister Beverley gusta de animarse un poquito; por eso seguramente goza, a veces, de la doble vista.

Mars. ¡No le hagan ustedes caso! Es cierto que mister Beverley pasa el día en ese bar; pero es que allí se abstrae. (A Standish.) ¿Qué, Ricardo, le va usted a avisar?

Stand. No querrá venir... no me conoce. . temo que no acceda a molestarse...

Mars. (Con orgullo.) Por mí se molesta siempre... ¡Me estima mucho!

Ever. ¡Oh, sí! Y su estimación me cuesta bastante cara.

Mars. ¿Puede usted enviar un criado? (Se sienta y escribe rápidamente algunos renglones.)

Ethel Sí.

Mars. El bar está muy cerca.

Stand. (Decidiéndose, a Ethel.) Llama a Ned. (Ethel toca el timbre)

Mars. (Leyendo lo que ha escrito.) Querido mister Beverley: Siga usted al dador de estas líneas. Estamos en las más profundas tinieblas. Venga usted a darnos luz.

Ever. Va a creer que hay un corto circuito y nos va a enviar un electricista.

Mars. (Furiosa.) ¡Eres odioso!

Ever. Y tú muy poco razonable.

ESCENA VI

DICHOS y NED que entra por la primera derecha

Mars. Vaya usted inmediatamente al bar que está junto al cuartel de artillería. En las mesas del fondo verá usted a mister Beverley.

Ned No le conozco, milady.

Mars (Con convicción.) ¡Le reconocerá usted en seguida!

Ned ¿En qué, miladý?

Mars. En la opulencia de sus cabellos, en el brillo de la mirada... en la clarividencia...

Ever. Para más seguridad, pregunte usted al camarero.

Mars. Dele usted esta carta y condúzcale aquí.

Stand. (Dando a Ned la carta.) Haz lo que te dice lady Marshall.

Ned Bien, mister. (Sale.)

ESCENA VII

STANDISH, ETHEL, LADY MARSALL, SIR EVERARDO y O'MARA

Stand. No quisiera contrariar a usted, pero dudo que ese mister Beverley...

Ethel Yo también.

Mars. No pienso perder el tiempo en convencer a

ustedes, puesto que va a venir y él los convencerá.

Ever. A mí, no.

Mars. Porque estás predispuesto en contra suya.

Ever. Mister Beverley no me ha convencido nunca.

Mars. ¿Olvidas aquella sesión sorprendente en que, valiéndose de un velador, evocó el espíritu de Mahoma?

Stand. ¿Y qué ocurrió?

Mars. Que yo le rogué, pudorosamente, que me dijera cuantos hijos tendría. El velador golpeó el suelo ocho veces y mi marido se echó a reir.

Ever. ¡Pónganse ustedes en mi lugar!

Mars. Y en el mismo momento, Mahoma le dió dos bofetadas.

Ever. Lo de las bofetadas es verdad; pero no estoy seguro de que me las diera Mahoma.

Stand. ¿Como?

Ever. Estábamos a obscuras. Mister Beverley no trabaja más que en las tinieblas.

Mars. ¡Naturalmente! ¿Cuándo has visto tú que los espíritus se manifiesten a la luz del sol?

Ever. Nunca. Y esa es una de las razones de m escepticismo.

Mars. ¡Está bien!... Pero, ¿te atreverás a negar que mister Beverley previó, con un mes de anticipación, el alza de los cobres egipcios, que nos hizo ganar óchocientas libras?

O'Mara Es que tiene algunos amigos en la bolsa..

Ever. (Con gravedad cómica.) Una cosa solamente me hizo vacilar en mi opinión sobre la doble vista de mister Beverley.

Ethel ¿Cuál?

Ever. La historia del paraguas con puño de plata. Verán ustedes. Mi mujer perdió un paraguas con puño de plata. Hizo venir a mister Beverley, y le dijo...

Mars. (Interrumpiéndolo impetuosamente.) Todo lo tergiversas; deja que lo cuente yo. (A los Standish.) Cuando perdí el paraguas con puño de plata, hice venir a mister Beverley y le dije..

Ever. (A media voz.) Eso mismo he dicho yo.

Mars. (Continuando.) Mister Beverley; ¿dónde está mi paraguas? Dudó un momento. Y en seguida me dijo: Ya lo veo... lo veo en el taxi... número cuatro mil doscientos ochenta y siete

Stand. ¡Asombroso!

Mars. (Continuando) Desgraciadamente veo también un joven. Un joven rubio, con bigote, que toma el taxi al dejarlo usted. Se apodera del paraguas y se lo lleva. No lo verá usted más.

Ethel ¿Y no lo ha vuelto usted a ver?

Mars. (Con fuerza.) ¡Nunca!

Ever. ¿Qué dicen ustedes a eso?

Stand. (Sonriendo.) Que es prodigioso.

ESCENA VIII

DICHOS y NED que entra por el foro

Ethel Aquí está Ned.

Mars. ¿Le encontró usted?

Ned Mister Beverley estará aquí dentro de unos minutos. En cuanto acabe, según me ha dicho, una meditación.

Ever. Llama así al whisky.

Mars. ¿Quieren ustedes que vayamos a esperarle a la verja del jardín?

Ethel (Levantándose.) Vamos, sí. ¿No viene usted?

Ever. En seguida. Voy a encender un cigarrillo...

(Ethel hace mutis con lady Marshall y Standish. Sir Everardo y O'Mara quedan solos.)

ESCENA IX

SIR EVERARDO y O'MARA. Luego BEVERLEY

Ever. (Vivamente.) ¿Y mi encargo, O'Mara?

O'Mara Aquí está.

Ever. ¿A ver?

O'Mara Vea usted. (Saca del bolsillo un estuche rojo y se lo da.)

Ever. ¡Gracias! (Lo abre.) Está muy bien... Me gusta.

O'Mara Estilo Luis XV.

(En este momento aparece por la puerta izquierda Beverley. La luna ilumina violentamente su cara. Permanece inmóvil, escuchando a los dos hombres, que, de espaldas a él, no le ven.)

Ever. ¿Y dónde ha podido usted encontrarlo?

O'Mara En una tienda de antigüedades.

Ever. Es una preciosidad.

O'Mara ¡Una preciosidad histórica! El anticuario me ha asegurado que es un broche que Guillermo IV, de Inglaterra, regaló en 1787 a su amante, la actriz Jordans. (Pronúnciese «Yórdans.)

Ever. ¡Bravo! Es mi mismo caso.

O'Mara ¿Cómo?

Ever. Sí. Con la sola diferencia de que la mía se llama Olimpia Smith. (Después de una pausa corta.) Y de que yo no soy rey de Inglaterra.

O'Mara Olimpia Smith... ¡Dice usted!... Yo he conocido una joven de ese nombre.

Ever. Pero no es ella. (Vivamente.)

O'Mara Seguramente, no.

Ever. A esta no la conoce nadie. Vive con su madre en una casita discreta y llena de flores. ¡Oh! Es casi una niña; su ingenuidad es desconcertante.

O'Mara ¿De veras?

Ever. Tiene relaciones con un muchachito muy rico; pero a quien ella no quiere. Lo considera demasiado joven. No le gustan los jóvenes.

O'Mara (Como deduciendo una consecuencia.) Entonces, a quien quiere es..

Ever. A mí. ¡Oh! ¡Apasionadamente! (Riendo.) ¡Imagínese usted! Yo soy quien tiene que esconderse en los armarios cuando llega el otro. ¡Es delicioso! ¡Siempre he tenido la suerte de que me quieran por mí mismo! (Sus ojos caen sobre el estuche que ha conservado en la mano.) Y a propósito. ¿Cuánto le ha costado a usted?

O'Mara Ciento cuarenta guineas.

Ever. (Sentándose.) Voy a darle a usted un cheque. (Saca un carnet del bolsillo y escribe. Beverley desaparece. Sir Everardo continúa mientras escribe.) Y corro a reunirme con mi mujer.

O'Mara Lady Marshall es celosísima. ¿Eh?

Ever. No sabe usted hasta qué punto.

O'Mara (Sonriendo.) ¿Y los espíritus no le han dicho nunca que su marido la engaña?

Ever. ¡Jamás! ¡Por eso no creo en ellos! (Dándole el cheque.) Tome usted.

O'Mara ¡Gracias! Siempre a su disposición. (Sir Everardo hace mutis por el foro.)

ESCENA X

O'MARA y BEVERLEY

O'Mara (Cuando se queda solo lee el cheque, lo dobla cuidadosamente y lo guarda en la cartera, murmurando:) Ciento cuarenta guineas. ¡No he perdido el día!

Bev. (Que acaba de entrar por la izquierda, después de una pausa.) ¡Buenas noches, O'Mara!

O'Mara (Volviéndose.) ¡Ah! ¡Beverley!

Bev. (Tendiéndole la mano.) ¿Cómo estás?

O'Mara Perfectamente.

Bev. Yo también. ¿Para qué me han llamado?

O'Mara Para consultarte sobre el proceso Bárton.

Bev. Pero si eso es ya un asunto terminado.

O'Mara Sí; pero mister Standish, convencido de la inocencia del acusado, no perdona medio de poderla demostrar.

Bev. ¿Y a él qué le importa?...

O'Mara Siempre sintió gran simpatía por Spalding, que es un buen obrero. Además, es un hombre muy recto. Tiene un concepto exagerado de la justicia.

Bev. ¡Ah!

O'Mara Lady Marshall le ha hablado de ti, (Sonriendo.) de tus intuiciones, de tu talento psíquico... y te llaman como recurso supremo.

Bev. (Aparentando no darse cuenta de la ironía de O'Mara.) ¿Y cuál es tu opión en este asunto?

O Mara Que la justicia no ha conducido bien el sumario; que la acusación no es terminante, y que quizá haya sido Spalding el asesino; pero que hay una mujer por medio.

Bev. ¿Es rico?

O'Mara ¿Quién?

Bev. Mister Standish.

O'Mara Sí, ¿por qué?

Bev. (Sin responder.) ¿Quieres anunciar mi llegada?

O'Mara Voy.

Bev. Aquí aguardo.

O'Mara (Aparte, haciendo mutis.) (¡Qué farsante!)

ESCENA XI

BEVERLEY, solo. Luego LADY MARSHALL, SIR EVERARDO, STANDISH y ETHEL

Bev. (Se sienta y fuma. Pausa. Suena el timbre del teléfono. Beverley vacila un momento. No entra nadie. Entonces va decidido al aparato y coge el receptor.) ¡Diga!... Sí, casa de mister Standish... ¿De parte de quién?... ¿De mistress Bárton?... ¿Cómo?... ¡Diga!... Sí, puede usted decirle que mister Standish tendrá mucho gusto en recibirla... ¿Qué?... ¿Dentro de un cuarto de hora?... ¡Perfectamente! ¡Dentro de un cuarto de hora! ¡No hay de qué! ¡Adiós! (Cuelga el receptor.) ¡Mistress Bárton! (Hace un gesto que significa: «¿Después de todo, qué voy perdiendo?» Entran los Marshall y los Standish.)

Mars. (Entrando la primera.) ¡Mister Beverley! ¡Qué amabilidad haber venido tan pronto! (Emocionada.) Amigos míos, presento a ustedes a mister Beverley.

Ethel (Con amabilidad.) Encantada de conocerle.

Mars. (Presentando.) Mister Ricardo Standish... su esposa... A mi marido no lo presento...

Bev. (Con indiferencia.) No, ya le conozco.

Ever. Sí, ya nos conocemos.

Mars. Habíamos ido a esperarle a la verja del jardín.

Bev. Yo no entro nunca por la verja.

Mars. (Con admiración.) Entra siempre por puertas misteriosas.

Ever. (Encogiéndose de hombros.) Habrá entrado por la puerta de servicio.

(Beverley, que le ha oído, le mira.)

Stand. El motivo de haber molestado a usted es...

Bev. (Interumpiéndole.) Se trata del proceso Bárton.

Stand. En efecto... Pero siéntese usted.

Bev. No.

Stand. Spalding ha sido condenado... Mi opinión...

Bev. Es que Spalding es inocente. Y como es uno de los obreros a quien usted más estima, desearía usted que su inocencia quedara plenamente demostrada.

Ethel (Un poco sorprendida.) ¡Exacto!

Mars (Transportada.) ¡Lo adivina todo! ¡Lo sabe todo!

Ever. Nada de eso era difícil de saber ni de adivinar.

Bev. (Mirando por segunda vez a Sir Everardo.) No me es posible coordinar mis pensamientos, sintiendo a mi alrededor una influencia hostil.

Mars. (Secamente.) ¡Vete, Everardo!

Ever. ¿Por qué? ¡Si yo experimento por mister Beverley la más profunda admiración! (A Beverley.) Hace un momento refería yo nuestra conversación con Mahoma.

Ethel (Sonriendo.) Y la historia del paraguas perdido por lady Marshall.

Stand. (Sonriendo también.) ¡Es prodigioso!

Bev. (Mira a todos con aire de profunda y triste conmiseración; luego, cogiendo su sombrero, dice:) Ya veo que la incredulidad de sir Marshall es contagiosa y que no me encuentro aquí en condiciones para la autosugestión. Mi concurso, pues, es perfectamente inútil. Cedo el sitio a los malos espíritus. (Saluda y se dirige al foro.)

Mars. (Desesperada.) ¡Mister Beverley!

Bev. ¡No insista usted, Lady Marshall!

Stand. Perdone usted; sí insistimos.

Ethel No participamos del escepticismo de sir Everardo.

Mars. (A su marido.) Merecías que mister Beverley se tomara el trabajo de exorcizar el demonio que te posee.

Ever. Si yo soy el primero que desea creer en la doble vista de mister Beverley.., pero, francamente, hasta ahora no he podido convencerme.

Mars. (Con ímpetu.) ¡Mister Beverley, suplico a usted que confunda a este descreído!

Ever. ¿Eh?

Mars. Haga usted un adepto más.

Bev. (Con aire de cansancio.) ¿Para qué?

Mars. ¡Yo se lo suplico!

Bev. (Como cediendo a disgusto.) ¡Sea!... ¡Es tan fácil! (Mirándole fijamente.) Leeré en su pensamiento.

Ever. ¡Lea usted, lea usted!

Bev. Necesito, para ello, tener un objeto cualquiera que le pertenezca, un objeto que lleve usted encima.

Stand. Dele usted el reloj.

Bev. (Pensativo, reconcentrado.) ¡No, no... el reloj, no!...

Ethel Una llave... el pañuelo.

Bev. No, no... nada de llaves... nada de pañuelos...

Mars. Entonces... ¿qué?

Bev. (Como buscando con el pensamiento.) Deme usted... ¡el estuche!

Ever. ¿Qué estuche?

Bev. El estuche rojo.

Mars. (A su marido.) ¿Llevas un estuche?

Ever. ¡Te aseguro que no!

Bev. ¡Es extraño!. . Yo veo un estuche... un estuche rojo... en uno de sus bolsillos... Sí... contiene un broche... un broche estilo Luis XV.

Ever. (Aparte.) ¡Demonio!

Bev. (Tendiendo la mano.) Deme usted ese estuche.

Ever. (Retrocediendo.) No sé qué quiere usted decir.

Bev. ¡Vamos!... ¡Pronto! Ahí, en el bolsillo izquierdo de la americana... (Sir Everardo, con disimulo, guarda el estuche en otro bolsillo, pero Beverley ve el movimiento.) No, en el bolsillo derecho.

Mars. (Registrando el bolsillo de su marido y sacando el estuche.) ¡Aquí está! (Lo abre.) ¡Un broche Luis XV!

Bev. (Con los ojos cerrados, como inspirado, tendiendo le mano.) ¡Démelo usted! (Coge el estuche y aparenta abstraerse)

Stand. ¡Es curioso!

Ever (Aparte.) ¿Cómo diablos ha averiguado?...

Mars. (Excitadísima.) Y ahora, mister Beverley, tenga usted la bondad de decirme qué significa esta joya, por qué estaba en el bolsillo de mi marido y a quién estaba destinada.

Ever. (Muy azorado.) Es un broche para...

Mars. (Terrible.) ¡Silencio!

Bev. (Reflexiona, dando vueltas al broche) Es un broche histórico... perteneció a la amante de un rey... (Vacilando.) Carlos... Jorge... Enrique... (Impaciente.) ¡No, no! ¡No le veo, no le veo!...

Mars. No importa, siga usted.

Bev. (Continuando) Sir Marshall lo ha comprado en una joyería... (Vacila.) No, en una tienda de antigüedades...

Ever. (Aparte.) ¡Es espantoso!

Bev. (Continuando.) Está destinado a una mujer...

Mars. ¿A una mujer?

Bev. (Con esfuerzo.) ¿A ver?... ¿A ver?... No la veo bien...

Ever. (Aparte.) ¡Menos mal!

Mars. (A Beverley, suplicante.) Haga usted un esfuerzo. ¡Se lo ruego!

Bev. (Vacilando.) Sí... es morena..

Ever. (Que está al lado de Beverley, saca con disimulo la cartera y se la enseña llena de billetes.) ¡Mister Beverley!

Bev. (Le mira de soslayo y ve la cartera. Entonces finge vacilar.) ¡Ah! No, me he equivocado... no es morena... (Tiende la mano abierta por detrás de la espalda. Sir Everardo le da un billete.) Ahora veo... la veo mejor. (Sir Everardo le da otro billete.) ¡Ya lo voy viendo bien! (Tercer billete.) ¡Ya está! ¡Ya está! (En plena inspiración.) Es rubia, espléndida... La fe psíquica que la inflama la circunda de una especie de aureola... Es hermosa...

Mars. (Sin atreverse a creer.) ¿Seré yo?

Bev. (Continuando.) Lleva en una muñeca una cinta de seda negra... con un reloj de platino... (Mira de soslayo el reloj de pulsera de lady Marshall.) que está parado.

Mars. (Mirando instintivamente el reloj.) ¡En las tres y media! ¡Soy yo! (A su marido, conmovida.) ¡Everardo!

Ever. ¡Amor mío!

Mars. ¿Sabías que yo deseaba un broche?

Ever. ¡Naturalmente!

Mars. (Tomando el estuche de manos de Beverley y admirando la joya.) ¡Es espléndido! ¡Oh, gracias, Everardo, gracias!

Ever. (Inclinándose.) Confieso mi error, mister Beverley, es usted sorprendente. (Beverley saluda sin contestar.)

Ethel ¡Extraordinario!

Stand. (A Beverley.) Creo que ahora ya no temerá usted ninguna influencia hostil.

Bev. (Mirando de soslayo a Sir Everardo, con una sonrisa.) ¡Ninguna!

Ethel Entonces, tenga usted la bondad de sentarse.

Bev. (Condescendiente.) ¡Sea! (Coge una silla pero no se sienta aún.) Ustedes dirán.

Stand. He aquí los hechos.

Bev. (Deteniéndole inmediatamente.) ¡Oh, no, no, nada de hechos. Yo no soy un policía, no doy nin-

guna importancia a los hechos, sino a los móviles psicológicos que los determinan. Además, he leído los periódicos. El veinticuatro de junio último, a las ocho y media de la noche, mister Gerardo Bárton, socio de usted, recibió en el despacho de su casa la visita de uno de sus obreros: Arturo Spalding. Discutieron violentamente. Tres horas más tarde, mistress Bárton, al volver del teatro, encontró a su marido muerto de un balazo en la cabeza. A su lado estaba el revólver de Spalding. Al día siguiente, Spalding fué detenido, y después de vista su causa, ha sido condenado a muerte esta tarde. ¡Trivial! ¡Trivialísimo!

(Se sienta en el centro de la escena, de espalda al público.)

Ethel Sin embargo...

Bev. Todos los asuntos criminales son trivialísimos, cuando se los mira a través de los hechos; pero adquieren un interés inaudito cuando se los contempla a través de las personas. (Oculta la cabeza entre las manos.) ¡Contemplemos!

Mars. (Extasiada.) ¡Va a contemplar!

Bev. (Después de una pausa.) ¿Por qué había citado mister Bárton a Spalding, en su casa a las ocho y media?

Stand. No le había citado. Spalding fué, enviado por sus compañeros, para pedirnos un aumento de jornal, realmente muy justificado. Y como la reunión del sindicato obrero tenía lugar a la mañana siguiente, Spalding no tuvo más remedio que visitar a Bárton en su casa aquella misma noche.

Bev. Bien; pero, según tengo entendido, usted era más propicio a las reivindicaciones obreras que mister Bárton. ¿Por qué, pues, no se dirigió a usted?

Ethel Mi marido estaba ausente de Londres.

Stand. Sí, estuve ocho días en Liverpool. (Pronúnciese «Liverpul.)

Bev. (Después de una pausa.) ¿Qué clase de hombre es Spalding?

Stand. Un hombre bueno, honrado. Incapaz de una mala acción, incapaz de una mentira. Si hubiera asesinado a Bárton, lo hubiera confesado.

Ever. (Con aire de duda.) ¡Oh, oh, oh!

Stand. No ha negado que el revólver fuese suyo. Confiesa además que, en el calor de la disputa, lo sacó del bolsillo, y que, asustado del crimen que podía cometer, lo soltó sobre la mesa y salió del despacho. Todo esto es muy verosímil.

Bev. ¿Y dice usted que Spalding es incapaz de mentir?

Stand. Sí.

Bev. ¿Entonces, esa carta sobre la cual descansa todo su sistema de defensa?...

Stand. Spalding asegura que, después de la entrevista, Bárton le escribió una carta despidiéndole de la fábrica, y que esa carta la recibió al día siguiente por la mañana. Cuando le detuvieron en el sindicato, a las nueve, dijo que la había dejado en casa, sobre su mesa.

Ever. Se registró toda la casa y la carta no pareció.

Mars. ¿Pero por qué tiene tanta importancia esa carta?

Ethel Porque si Bárton escribió a Spalding después de su entrevista, es evidente que Spalding no es el asesino.

Mars. ¡Verdad!

Ever. Pero entonces, ¿quién cometió el crimen?

Stand. Alguien que pudo entrar en el despacho después de irse Spalding y antes de llegar mistress Bárton.

Ever. Le hubieran visto.

Stand. ¿Quién? Todos los criados habían salido.

Bev. (Extrañado.) ¿Todos? ¿Por qué?

Stand. ¡No lo sé!

Ethel Sin embargo, Jimmy estaba allí, puesto que oyo la discusión de Bárton y Spalding.

Stand. (Rectificando.) Oyó solamente el principio de la discusión. Salió de la casa a poco de llegar Spalding.

Bev. ¿Quién es Jimmy?

Stand. Es un muchacho que Bárton recogió de niño y que está empleado en la fábrica.

Ever. Un soñador, un romántico que hace versos a la luz de la luna... y que mira a mistress Bárton de un modo...

Mars. ¡Por todas partes ves amores, Everardo!

Ever. (Bromista.) ¡Exacto!

Bev. ¿Es guapa mistress Barton?

Ethel Muy guapa.

Mars. Para los que gustan de ese tipo de mujer, sí. Pero no vale gran cosa.

Bev. ¿Quería mucho a su marido?

Stand. ¡Oh, apasionadamente! Bárton era un hombre muy atrayente.

Bev. ¿Y mistress Bárton, es celosa?

Ever. Casi tanto como mi mujer.

Bev. (Después de reflexionar.) Es absolutamente indispensable que yo la vea.

Stand. Le escribiré rogándole que le reciba a usted.

Bev. (Con los ojos fijos en el espacio, como inspirado.) Es inútil escribirle; vendrá ella aquí.

Ethel ¿Aquí?

Bev. (Lo mismo.) ¡Aquí!

Stand. ¿Cuándo?

Bev. Pronto... Ahora mismo.

Ethel (Asombrada.) ¿Pero en qué se funda usted para asegurarlo?

Bev. En que siento que viene. Estará aquí de un momento a otro.

Stand. No hay razón ninguna para que piense en venir.

Bev. Vendrá, porque es necesario que venga... Quizá presiente que la esperan ustedes.

Ethel (Con creciente asombro.) ¡Oh!

Ned (Entrando por el foro.) ¡Mistress Bárton! (Sensación. Se miran unos a otros.)

Stand. ¡Es increíble!

Ethel ¡Inaudito!

Ever. (Aparte.) Este hombre va a conseguir que yo no duerma esta noche.

Mars. (A los Standish, con aire de triunfo.) ¿Qué les parece a ustedes, eh? Pues esto no es nada.

ESCENA XII

DICHOS y MISTRESS BARTON

Bart. (Entrando por el foro lentamente.) ¡Perdonen ustedes que les moleste a estas horas. (Se miran todos estupefactos.)

Ethel Usted viene siempre a su casa.

Bart. ¡Gracias! (Dándole la mano.) ¡Lady Marshall! (Saludando.) ¡Sir Everardo...

Mars. (Con énfasis a Mistress Bárton.) Mister Beverley, vicepresidente de la sociedad de Investigaciones Psíquicas. (Beverley saluda.) Mistress Bárton.

Stand. Mister Beverley, que ha seguido el proceso con interés, cree, como yo, que la acusación no está suficientemente fundada. De eso hablábamos al llegar usted.

Bart. (Mirando a Beverley de arriba a bajo.) ¡Ah! ¿Este caballero cree en la inocencia de Spalding?

Bev. No sé lo que es creer, mistress Bárton. Obedezco a mi subsconsciencia nada más.

(Se sienta en el extremo izquierdo de la escena y, mudo e inmóvil, permanece allí sin quitar un momento los ojos de mistress Bárton.)

Bart. (Ligeramente irónica.) ¡Ah! (A Standish.) Deseaba ver a usted en seguida para evitar cualquier tirantez entre nosotros.

Stand. ¿Qué quiere usted decir?

Bart. Durante el proceso hemos sostenido dos opiniones completamente opuestas. Yo he acusado a Spalding, usted le ha defendido.

Stand. Con todas mis fuerzas.

Bart. Por lo tanto he combatido su opinión; le ruego me disculpe.

Stand. ¡Oh, mistress Bárton!

Bart. Sí, sí, he sido implacable, es cierto; por mi causa han condenado a Spalding. Pero mi declaración no ha obedecido a una preconcebida animosidad contra ese desdichado. He obrado según me dictaba mi conciencia.

Stand. (Con frialdad.) No lo dudo. Tengo mis convicciones y respeto las ajenas.

Bart. ¡Gracias! Hubiera sido muy doloroso para mí que una diferencia de apreciación, aun en circunstancias tan graves, hubiera podido enfriar nuestra amistad.

Stand. No lo he pensado nunca. Comprendo el profundo dolor que usted siente; dolor que le ha dado ánimo para asumir una gran responsabilidad.

Bart. ¡Muy grande, sí! (Pausa.)

Ethel Quizá el Rey indulte a Spalding.

Bart. (Friamente.) No lo creo probable. (Mirando fijamente a Ethel.) Spalding está perdido sin remedio. Y si realmente no es culpable, sólo le queda una esperanza.

Ethel ¿Cuál?

Bart. Que el verdadero asesino, impulsado por su conciencia, se denuncie.

Ever. ¡Bah! El verdadero culpable debe considerarse dichoso al ver que otro paga por él.

Bart. (Lentamente.) Eso dependerá de quien sea el asesino. (Pausa. A Ethel, cambiando de tono.) ¿No ha asistido usted a las sesiones, mistress Standish?

Ethel No.

Ever. (Sonriendo, a mistress Barton.) Nosotros, sí. Pero nos fuimos antes de acabar, porque mi mujer supuso que yo...

Mars. (Vivamente, en voz baja.) ¡Everardo!

Ever. (Cambiando de tono inmediatamente. Con tono grave.) Crea usted que, en estos tristísimos días, hemos compartido su dolor.

Bart. ¡Oh, sir Everardo! Todos los días son ya tristes para mí. La trágica muerte de mi pobre marido, es un recuerdo que me espantará siempre. No podré consolarme nunca, nunca. (Pausa.) ¡Hasta la vista! ¡Standish!

Stand. (Conmovido.) Mistress Bárton... Es tarde, quédese usted a comer con nosotros.

Ethel Sí, sí.

Bart. (Moviendo la cabeza.) Gracias. Necesito volver a casa en seguida.

Stand. No insistimos.

Bart. (Dirigiéndose al foro.) ¿Podré verle a usted en la fábrica mañana?

Stand. ¿Mañana? No iré a la fábrica; pasaré el día fuera de Londres.

(Movimiento de sorpresa en Ethel.)

Bart. ¡Qué contrariedad! Quisiera hablar con usted. No entiendo las cuentas que me ha enviado O'Mara y desearía que usted me explicase...

Stand. Estaré de regreso a las cinco.

Bart. Entonces, vendré a esa hora, si a usted no le molesta.

Stand. Estoy a sus órdones.

Bart. ¡Buenas noches! (Saluda a todos.)

Stand. Acompaño a usted. (Abre la puerta del foro. Mistress Barton hace mutis. Detras de ella, Beverley se ha eclipsado por la primera izquierda sin que nadie se haya apercibido de ello.)

ESCENA XIII

ETHEL, LADY MARSHALL, SIR EVERARDO. Después O'MARA. Luego NED y más tarde ALICIA

Mars. ¡Qué mujer tan singular!

Ever. ¡Y está guapísima! ¡El luto le sienta muy bien!

Mars. (Cansada de reprenderle.) ¡Everardo!

Ever. Sigo sin explicarme el motivo de su visita.

Ethel Yo tampoco.

Mars. ¿Motivo? Ninguno. Ha venido porque mister Beverley le ha ordenado que viniese. ¿Verdad, mister Beverley?

Ever. ¿Se ha marchado?

Ethel Yo no le he visto irse.

Mars. Siempre se va así. Se volatiliza.

Ever. ¡Ah! (Asombrado.)

Mars. Pero como el asunto parece que le ha interesado mucho, no tardaremos en volverle a ver.

Ever. (Desconcertado.) ¿Tú crees?

Mars. Surgirá cuando menos lo pensemos.

Ned Miss Alicia ha vuelto. Dice que vendrá en seguida. Que no aguarden más por ella. (Mutis.)

Ethel Está bien. Vamos a la mesa.

Ever. (Encantado.) ¡A la mesa! Me caigo de debilidad. (Mutis de los Marshall.)

Stand. ¿Han servido ya?

Ethel Sí. ¿Por qué no me habías dicho que mañana pasarás el día fuera de Londres?

Stand. Olvidé decírtelo.

Ethel ¡Qué fastidio! ¡Otro día más sin verte!

Stand. ¿Otro día más? ¡Si no nos separamos nunca!

Ethel ¿Nunca?

Stand. Apenas si me ausento de Londres una vez al mes. Me voy a las ocho de la mañana y vuelvo a las cinco de la tarde.

Ethel ¿Y los ocho días de Liverpool?

Stand. ¡Ah! Ya sabía yo que me los recordarías. En tres años de matrimonio, sólo me he separado de ti ocho días! ¡Y aún no me los has perdonado!

Ethel ¡Me quedé tan triste, tan sola! ¡Te escribía tres cartas diarias!

Stand. ¡Es cierto! ¡Tan cariñosas! Las guardo todas. Recuerdo casi todas sus frases.

Ethel ¿Sí?

Stand. Verás: «Cada día que pasa, creo quererte de un modo imposible de superar; y al día siguiente, me doy cuenta de que te quiero más aún.»

Ethel Y así es, Ricardo.

O'Mara (Por la primera derecha.) ¿Le molestaría a usted firmar esto ahora?

Stand. No, O'Mara.

Alicia (Por el foro.) ¡Perdonadme si he tardado! ¡Ah!... ¡Ricardo! ¿Y Spalding?

Stand. Condenado a muerte.

Alicia ¡Ah!

Ever. (En la puerta del comedor.) ¡Que se enfría la comida!

Stand. ¡Perdonen ustedes! ¡Vamos, vamos! (Mutis.)

Ever. (Los sigue, tarareando. Cuando los dos han hecho mutis, se detiene y vuelve hacia O'Mara.) ¡O'Mara!

O'Mara ¿Sir Everardo?

Ever. Necesito otro broche.

O'Mara ¿Otro?

Ever. El de Guillermo IV he tenido que dárselo a mi mujer.

O'Mara ¡Es gracioso!

Ever. ¡Oh! ¡Sí, muy gracioso, graciosísimo! (Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración. Al día siguiente. Son las cinco y media de la tarde. Es completamente de día. Anochecerá en el último tercio del acto.

ESCENA PRIMERA

ALICIA y ENRIQUE; al final NED

Alicia está echada sobre el sofá Un rayo de sol la ilumina. Enrique, sentado algo más lejos, mira al jardín con aire disgustado

Alicia (Con dulzura.) ¡Vamos, Enrique, no te enfades!

Enr. (Levantándose.) No me enfado, estoy contrariado nada más.

Alicia Yo lo estoy tanto como tú.

Enr. ¿Y cuándo te marchas?

Alicia Lo antes posible.

Enr. ¿Y a dónde?

Alicia Creo que a Niza. El doctor dice que debo salir de Inglaterra, que nuestro clima es demasiado frío.

Enr. ¿Y quién va contigo?

Alicia Una señora de compañía.

Enr. ¡Sí que vas a divertirte!

Alicia No hago el viaje para divertirme, Enrique.

Enr. ¿Y no hubieras preferido hacerlo conmigo?

Alicia ¡Ya lo creo! ¡Vaya una pregunta!

Enr. ¡Entonces!

Alicia Para hacer ese viaje contigo, sería preciso que estuviéramos casados.

Enr. No deseo otra cosa. ¡Casémonos!

Alicia Hay que esperar, ten un poco de paciencia. Quiero darte una esposa en perfecto estado de salud. No quiero que te cases con una enferma.

Enr. ¡Pero si tú no estás enferma!

Alicia Bien sabes que sí. El doctor dice que no tiene importancia; pero yo me doy perfectamente cuenta de que no estoy buena. Es preciso que me vaya, que tengamos paciencia los dos.

Enr. (Después de una pausa, sentándose junto a ella.) ¡Alicia!...

Alicia Ten confianza en mí; te juro que puedes tenerla. Tenla siempre. (Tendiéndole la mano, profundamente.) ¡Te quiero, Enrique!

Enr. Esas cariñosas palabras me harán esperar con paciencia. (Pausa.) ¿Por qué no va contigo tu hermana?

Alicia Ethel no consentiría nunca en separarse de su marido, y como Ricardo no puede salir de Londres en estos momentos...

Enr. ¡Cuánto quiere tu hermana a su marido!

Alicia ¡Si supieras qué hombre tan admirable es!... ¡Qué generoso, qué bueno! Eramos ya huérfanas cuando Ricardo se casó con mi hermana, y no consintió que yo me separase de ella.

Enr. Realmente, la bondad de mi futuro cuñado es inagotable. A mí me parece exagerada. ¡Ya no es bondad, es más bien candor!

Alicia No, es desinterés. Primero los demás; luego él.

Enr. ¡Pero eso es insensato! ¡Los demás al mismo tiempo que uno mismo; creo que ya es bastante! (Cambiando de tono.) ¿No te parece excesivo ese afán por salvar a Spalding? Ha revuelto el cielo con la tierra para conseguirlo. ¡Y todo por un hombre que es el asesino de Bárton!

Alicia (Sin entonación alguna.) Ricardo cree en la inocencia de Spalding.

Enr. ¿Y mister Beverley, el ídolo de lady Marshall, un loco a quien Ricardo ha tomado en serio?

Alicia Ethel me ha dicho que es un hombre extraordinario.

Enr. ¡Ah! Sí, un vidente, un adivinador del pen-

samiento. Por dos chelines leerá el presente y por cinco el porvenir. ¡Conozco el tipo!

Ned (Entrando por el foro y anunciando.) ¡Mister Beberley!

Enr. (Levantándose rápidamente.) ¡Oh! No tengo interés en conocerle.

Alicia Ni yo tampoco.

Enr. ¡Huyamos!

(Corren a la puerta del jardín. Beverley aparece en ella.)

ESCENA II

DICHOS, BEVERLEY; luego O'MARA

Alicia (Tropezando con Beverley.) ¡Oh!

Bev. Perdonen ustedes. Entro generalmente por distinta puerta de la que me anuncian. Me gusta conocer a las personas que huyen de mí.

Enr. No huíamos de usted, mister Beverley. Yo me marchaba y...

Bev. (Mirando a Enrique.) ¿Mister Enrique Maitland?

Enr. Para servirle.

Bev. Pintor de gran porvenir. Su «Regreso de los pescadores al amanecer» es un lienzo muy notable.

Enr. ¡Ah! ¿Lo ha visto usted?

Bev. (Con una mano sobre los ojos.) ¡No! Pero lo veo, lo veo en este momento... (Pausa.) ¡Notable!... ¡Muy notable! (A Alicia, cambiando de tono.) ¿Miss Alicia Gray?

Alicia (Con temor.) Sí...

O'Mara (Entrando por la primera derecha.) Perdonen ustedes!... (Viendo a Beverley.) ¡Ah! ¿Eres tú? (Dirigiéndose a ellos para presentarlos.) Miss Alicia, presento a usted...

Bev. Ya están hechas las presentaciones.

Enr. Sí. (Pequeña pausa. A O'Mara.) ¿Está en casa mister Ricardo?

O'Mara Sí; está conferenciando con mistress Bárton.

Enr. Entonces no quiero molestarle. Luego le veré; (A Alicia.) no habréis olvidado que esta noche comemos todos con mi madre.

Alicia Descuida, no lo hemos olvidado.

Enr. Bueno, pues entonces hasta luego.

Alicia Te acompaño.

Enr. (Saludando.) Mister Beverley. (Beverley en primer término, de espaldas a Enrique, no le contesta.) No está muy bien educado; pero es curioso este hombre, es curioso.

Alicia (Con temor.) ¡Es muy antipático!

(Mutis por el foro.)

ESCENA III

BEVERLEY y O'MARA

Beverley saca del bolsillo un puñado de cigarrillos de varias clases, coloca uno entre sus labios y ofrece a O'Mara

O'Mara (Rehusando.) ¡Gracias! (Beverley guarda los cigarrillos y enciende el suyo.)

Bev. ¿Qué hay de nuevo?

O'Mara ¿De nuevo?

Bev. Sí... Vengo de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas. Hemos celebrado una sesión impresionante. Fenómenos de levitación no observamos hasta ahora.

O'Mara (A media voz) ¡Pero, hombre! ¡Que estamos solos!

Bev. ¡Ah! ¿Tú no crees en la levitación?

O'Mara Sí, hombre, sí... ¿Y qué es eso?

Bev. La facultad de mover los objetos a distancia, por influencia psíquica.

O'Mara ¡Diablo!... ¿De modo que ya no piensas en el proceso Bárton?

Bev ¡Ay, amigo mío! Ya no tengo necesidad de pensar en eso.

O'Mara ¿De veras?

Bev. El asunto Bárton es tan límpido, que yo me pregunto para qué me han molestado haciédome venir aquí.

O'Mara ¿De modo que compartes la opinión del jurado? ¿Spalding es el asesino y?...

Bev. Spalding no es el asesino.

O'Mara Entonces, ¿quién es?

Bev. (Descubriendo en el fondo una bandeja con botellas.) ¿Es... gin? (Se acerca a la bandeja, destapa una botella y huele el contenido.) ¡Huele bien! (Se sirve un vaso.) ¿Qué opinas del sistema de defensa de Spalding?

O'Mara Que siempre me ha parecido estúpido.

Bev. ¡Verdad! Tan estúpido, tan ingenuo, que solo puede tener una disculpa.

O'Mara ¿Cuál?

Bev. Que sea, sencillamente, la expresión de la verdad.

O'Mara ¿Que la carta haya existido? ¿Que Spalding la recibiera?

Bev. ¿Por qué no?

O'Mara Porque la hubieran encontrado en su casa.

Bev. ¿Y si la carta no estaba ya allí cuando registró la policía?

O'Mara En casa de Spalding no entró nadie desde que él salió hasta que se hizo el registro. Eso está demostrado.

Bev. ¡Perdona! Nadie entró en el piso que habitaba Spalding, pero en la casa sí.

O'Mara ¡Ah! ¿En la casa sí?

Bev. El veinticinco de junio, esto es, al día siguiente del crimen, a las ocho y media de la mañana, un joven llamó a la portera de la casa—calle de Argyll (Pronúnciese Ártyil.) setenta y tres—, para que le enseñara un piso desalquilado. La portera, poco amiga de molestarse, dió las llaves del piso al joven en cuestión. Un cuarto de hora después dicho joven bajó; el piso no le convenía. Devolvió las llaves a la portera y se marchó tranquilamente.

O'Mara ¿Qué piso era el desalquilado?

Bev. ¡El sexto! El contiguo al de Spalding! Los dos tienen un balcón corrido, en el cual no hay, para marcar la separación, más que una barra de hierro.

O'Mara ¿Y conoces las señas personales del joven?

Bev. Sí. La portera se acuerda perfectamente: unos veinte años, estatura regular, rubio, ojos negros, rostro muy pálido...

O'Mara ¿Jimmy?

Bev. ¡Ah! ¿Es Jimmy? ¡Bravo! ¡Jimmy! No le he visto nunca, pero hubiera apostado a que sus señas coincidían con las del desconocido. El asunto se simplifica considerablemente.

O'Mara ¿Pero para qué iba Jimmy a robar la carta?...

Bev. (Después de una pausa.) Pues sencillamente para hacer condenar a Spalding y salvar al... o a la verdadera culpable.

O'Mara (Que ha comprendido.) ¿La? Decididamente, Beverley, has hecho mal en dedicarte a la magia. Vales demasiado para eso. Debías haber seguido en la policía.

Bev. ¿Dónde podría yo ver a ese joven Jimmy?

O'Mara Mister Standish ha pasado el día fuera de Londres... Probablemente será Jimmy quien le traiga el correo dentro de unos instantes.

Bev. Muy bien. Tú me le presentarás, ¿verdad?

O'Mara ¿Vas a hablar con él? ¿Para qué? Ya puedes suponer que lo negará todo. Sería preferible ponerle frente a frente con la portera, que le reconocería en seguida, y así quedaría demostrado que fué él quien estuvo en la casa.

Bev. Pero no que fué él quien robó la carta. Es más sencillo hacerle confesar.

O'Mara No confesará nada.

Bev. (Sonriente.) Decías hace un momento que había hecho mal en dedicarme a la magia. Precisamente por creerme mago Jimmy me lo confesará todo. A ti, naturalmente, no te diría nada. ¡Tú no eres misterioso, no eres impresionante!...

O'Mara (Riendo.) ¡Y tú eres un verdadero farsante!

Bev. (Después de reflexionar.) Quizás no tanto como supones.

O'Mara ¡Oh!

Bev. A veces tengo presentimientos, corazonadas, hasta inspiraciones. Con frecuencia es un misterioso *más allá* el que me obliga a obrar, el que me revela cosas que nunca hubiera sospechado.

O'Mara Confiesa que quien te ha revelado que Jimmy estuvo en casa de Spalding no ha sido precisamente el *más allá*, sino la portera.

Bev. ¡Evidentemente! ¿Pero quién me ha empujado hacia la portera?

O'Mara ¡Tus deducciones!

Bev. (Rectificando.) ¡Mis intuiciones! Deducir no es nada. Probar, casi nada. Veinte deducciones no valen una prueba; cien pruebas no valen una confesión.

O'Mara ¡De acuerdo!

Bev. Por eso yo no me fundo más que en confesiones. La lógica y el razonamiento no entran para nada en mi sistema. Yo descubro

al culpable por intuición, y le hago confesar, por sugestión.

O'Mara ¡Vamos, Beverley, especula con la credulidad pública, pero no trates de convencerme de que la compartes!

Bev. La credulidad es una de las ventanas de la inteligencia.

O'Mara Bien está. Yo abro mi ventana y me asomo a ella. Hazme ver algún prodigio.

Bev. ¿Cuál?

O'Mara ¿Qué se yo? Cualquiera. Haz que caigan flores del techo, evoca el fantasma de María Stuardo.

Bev. Los fantasmas no se molestan por los escépticos.

O'Mara Bueno, pues dime sencillamente en qué día de la semana nací, o si moriré muy viejo, o qué hice ayer.

Bev. (Con mucha naturalidad.) Ayer hiciste un buen negocio.

O'Mara ¿Qué?

Bev. Ayer hiciste un magnífico negocio. Compraste un broche Luis XV. Te costó ciento quince guineas, pero a la persona que te encargó la compra le dijiste que te había costado ciento cuarenta. Ganaste, pues, veintisiete libras.

O'Mara ¡No tanto, hombre, no tanto!

Bev. Bueno. No ganaste veintisiete libras; pero ganaste algo! Ya ves que te he hecho confesar, a pesar tuyo.

O'Mara (Riendo.) ¡Convencido!... ¡Eres irresistible!

Bev. ¿Y ahora crees en las fuerzas psíquicas?

O'Mara Tanto como tú.

Bev. Lo celebro.

ESCENA IV

DICHOS y JIMMY

Jimmy (Que entra por el foro, ve a los dos hombres.) ¡Oh! ¡Perdonen ustedes!... ¡Buenas tardes, O'Mara! ¿Está en su despacho mister Standish?

O'Mara (Dándole la mano.) ¡Buenas tardes, Jimmy!

Jimmy Traigo el correo. (Va a salir por la derecha)

O'Mara (A quien Beverley ha dirigido una mirada significativa.) Un momento, Jimmy. (Jimmy, un poco

sorprendido, se detiene.) Presento a usted a mister Beverley, que desea conocerle.

Jimmy (Sorprendido.) ¿A mí?

O'Mara Mister Beverley es uno de los miembros más distinguidos de la Sociedad Inglesa de Investigaciones Psíquicas. Posee el don de la doble vista, y últimamente sus experimentos le han hecho sospechar que Spalding es víctima de un error judicial. En consecuencia, ha recibido el encargo de comenzar de nuevo la instruccion del proceso, aportando el concurso de sus facultades sobrenaturales; y para ello desea hablar algunos instantes con todas las personas que han intervenido en el asunto.

Jimmy Yo he dicho ya todo lo que sabía.

Bev. Todo, no.

Jimmy Le aseguro a usted que sí.

Bev. ¿Le molestaría a usted hablar un momento conmigo?

Jimmy No, de ningún modo; pero mister Standish me aguarda.

Bev. O'Mara le llevará el correo.

O'Mara Con mucho gusto.

Jimmy (Sin saber qué decir.) Bien. (Por fin se decide y le da el paquete de cartas.) Sí. Tome usted.

O'Mara (A Beverley.) ¡Hasta ahora! (Vase por la primera derecha.)

ESCENA V

BEVERLEY y JIMMY

(Pausa. Jimmy, muy inquieto, aguarda. Beverley se aproxima a él, le quita el sombrero de la mano, le acerca una silla y le hace sentarse; luego saca un puñado de cigarrillos y le ofrece uno.)

Bev. ¿Fumas?

Jimmy (Rehusando.) ¡No, muchas gracias.

Bev. Haces bien. El tabaco es bueno para las personas de mi edad... El alcohol y el tabaco... En cuanto a las mujeres... ¿Eh? (Dándole golpecitos en el hombro y sonriendo.) Tú, en cambio, te dedicarás a las mujeres, ¿verdad?

Jimmy Yo... no...

Bev. ¡Cómo! ¿No estás enamorado?

Jimmy ¡Oh! No...

Bev. ¡Es extraño! Yo hubiera jurado... (Escrutándole.) La mirada... la expresión... hubiera apostado a que sí lo estabas. (Cambiando de tono.) ¿De modo que tú eres Jimmy?

Jimmy Para servir a usted.

Bev. ¿Mister Bárton fué muy bueno para ti, ¿verdad?

Jimmy ¡Oh, sí! Me recogió cuando tenía yo nueve años y acababa de perder a mi padre... Luego seguí en su casa, él me colocó en la fábrica, en la contabilidad... ¡Sí, fué muy bueno conmigo.

Bev. Y ahora que mistrees Bárton se ha quedado sola... ¿vas a seguir viviendo en la casa?

Jimmy No sé .. no creo.

Bev. ¡Naturalmente! No sería correcto, ya no eres un niño .. Además, tú necesitas libertad.

Jimmy ¡Claro!

Bev. (Sin darle importancia.) ¡Claro! Y por eso andas buscando un pisito, ¿eh?

Jimmy (Sorprendido.) ¿Qué dice usted?

Bev. Digo que por eso estás buscando piso.

Jimmy No es cierto.

Bev. Por lo menos has estado a ver uno.

Jimmy ¿Yo?

Bev. (Mirándole.) Calle de Argyll, setenta y tres.

Jimmy (Le mira admirado. Vacila. Luego se levanta evitando las miradas de Beverley.) No recuerdo.

Bev. Precisamente es la casa en que vivía Spalding. Yo me acuerdo muy bien. Hace tres meses. Al día siguiente del asesinato de mister Bárton. . Yo estaba en la portería cuando la portera te dió la llave. Me adelanté a la policía, que fué más tarde a hacer un registro en casa de Spalding. (Mirándole fijamente.) Te vi muy bien, y cara que yo veo una vez no se borra nunca de mi memoria.

Jimmy Yo ignoraba que Spalding viviera allí... Yo no conocía a Spalding.

Bev. ¿Y quién dice lo contrario? (Con dulzura.) ¿Te acuso yo quizá? No tienes necesidad de justificarte... Visitar un piso desalquilado, aunque esté contiguo al de Spalding es la cosa más natural del mundo.

Jimmy ¡Ah! ¿Estaba contiguo a...?

Bev. Sí. ¡Qué coincidencia! ¿Eh?

Jimmy ¡Ah!

Bev. ¡Pobre Spalding! Algo has influído tú en su sentencia.

Jimmy ¿Yo?

Bev. ¡Tú! Tu declaración...

Jimmy Dije la verdad. Que mister Bárton y Spalding habían disputado; que oí sus voces, todo el mundo hubiera podido oirlas. No es culpa mía si no había en la casa nadie más que yo.

Bev. ¿No había nadie más que tú en la casa?

Jimmy Nadie. Mistress Bárton estaba en el teatro y todos los criados habían salido.

Bev. ¿Y por qué habían salido todos los criados?

Jimmy ¡Yo qué sé! (Nervioso.) ¿Cómo quiere usted que lo sepa? (Se levanta.)

Bev. (Obligándole a sentarse de nuevo.) No te enfades.

Jimmy Además, no he sido yo el único que ha declarado contra Spalding.

Bev. Tienes razón. También lo ha hecho así mistress Barton... Es muy guapa mistress Bárton, ¿verdad?

Jimmy (Rápidamente.) ¿La conoce usted?

Bev. La vi aquí ayer tarde. ¡Ay, querido Jimmy! Si yo tuviera tu edad, estaría perdidamente enamorado de esa mujer.

Jimmy (Después de una pausa, durante la cual le cuesta trabajo contenerse.) Y no han sido sólo nuestras declaraciones. Todas las pruebas están contra Spalding. El revólver...

Bev. La carta...

Jimmy ¿La carta?

Bev. (Precisando.) Sí, la carta que Spalding dice haber recibido de mister Bárton, y que no parece por ninguna parte. (Pausa en que observa a Jimmy.) ¿Qué sueldo tienes en la fábrica?

Jimmy Ocho libras mensuales.

Bev. ¡Ah! ¿De modo que has heredado?

Jimmy ¡Yo! ¿Por qué?

Bev. El cuarto de la calle de Argyll renta sesenta y cinco libras al año.

Jimmy (Después de una pausa.) No era para mí; era para un amigo.

Bev. ¿Que no podía buscarlo personalmente?

Jimmy (Cada vez más impaciente.) No.

Bev. ¿Y cómo se llama tu amigo?

Jimmy (Secamente.) ¿A usted qué le importa?

Bev. ¡Oh! No seas grosero.

Jimmy Estoy harto de sufrir este interrogatorio. No le conozco a usted, no tengo que darle cuenta de mis actos. He dicho a los jueces todo lo que sabía.

Bev. ¡No!

Jimmy ¡Sí!

Bev. ¡No! (Mirándole fijamente.) No les has dicho que Spalding recibió, en efecto, una carta de mister Bárton, no les has dicho que tú has robado esa carta.

Jimmy (Aterrado.) ¡No es verdad!

Bev. (Poniéndole la mano sobre los hombres) ¡Vamos, vamos! ¡Mírame! Era preciso que Spalding resultara culpable, y para ello robaste la prueba de su inocencia.

Jimmy ¡Repito que no es verdad!

Bev. Alguien te dió la dirección de Spalding, corriste a su casa... Era indispensable llegar antes que la policía. Pero ¿cómo entrar? En la puerta había un anuncio: «Se alquila un cuarto.» ¿En qué piso? En el sexto. ¡Al lado del de Spalding! ¡Tienes suerte, Jimmy! Pides a la portera que te enseñe el cuarto. La portera te da las llaves y te dice que subas tú solo. Llegas al piso... corres al balcón, y por él te introduces en la casa de Spalding.

Jimmy (Aterrado.) ¡Oh! No... no.

Bev. Buscas... pero no es preciso. La carta está allí, sobre la mesa... ¡Tienes suerte, Jimmy! Sí, es la letra de mister Bárton; tú la conoces bien. Coges la carta, bajas la escalera, devuelves las llaves .. sales de allí muy satisfecho de ti mismo y... ¡Acabas de matar a un hombre honrado!

Jimmy (Dejándose caer en una silla sollozando.) ¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío!

(Pausa larga.)

Bev. (Después de servirse otro vaso de gin.) Cuando mister Bárton escribió la carta a Spalding,.. no había en la casa nadie más que tú. Alguien tuvo que echar la carta al correo, y como nadie se ha presentado a la policía, es innegable que el encargado de echar la carta fuiste tú.

Jimmy (Vencido, con la cabeza entre las manos.) Sí, yo fuí, yo fuí. La eché en el buzón de la esqui-

na. Luego fuí a reunirme con mis amigos y volví a casa a las doce.

Bev. ¿Había regresado ya mistress Bárton?

Jimmy Sí. Volvió poco antes de llegar yo... Su doncella y yo pasamos la noche acompañándola. Estuvimos a su lado hasta por la mañana.

Bev. ¿Hasta qué hora?

Jimmy Hasta las ocho.

Bev. ¡Y a las ocho y media llegabas a casa de Spalding para robar la carta. ¡Claro como la luz meridiana! (Pausa.) Y esa carta, ¿dónde está?

Jimmy No lo sé.

Bev. ¿Cómo que no lo sabes? ¿Qué has hecho de ella? ¿A quién se la has dado?

Jimmy ¡A nadie! ¡A nadie! (Pausa.) ¡La he perdido! (Pausa.)

Bev. Has dicho hace un momento que no conocías a Spalding. Entonces, si tanto has hecho por perder a un inocente a quien no conoces, es que querías salvar al verdadero culpable.

Jimmy (Dando un grito) ¡No!

Bev. (Violentamente.) ¡Sí!!.. ¡Querías salvar a una persona a quien te has consagrado en cuerpo y alma!

Jimmy (Aterrado.) ¡Oh!

Bev. Una persona a quien contaste que mister Bárton te había encargado de echar una carta para Spalding, una persona que te ordenó que fueras a robar la carta y a quien, después de robarla, se la diste; porque no la has perdido. Una persona cuyo nombre estoy leyendo en tus ojos en este instante.

Jimmy ¡Basta, basta! Se equivoca usted. Le juro que se equivoca. He obrado por mi cuenta, no he pretendido salvar a nadie. (Súbitamente.) ¡Fuí yo, fuí yo!...

Bev. ¿Eh?

Jimmy ¡Fuí yo quien asesinó a mister Bárton!

Bev. ¡Ah!

Jimmy ¡Yo asesiné a mister Bárton! ¡Haga usted de mí lo que quiera!

Bev. (Después de una breve pausa.) ¡Tú asesinaste a mister Bárton! ¡Es muy interesante!... No sería para robarle, ¿verdad?

Jimmy He confesado mi crimen, no tengo más que decir.

Bev. ¡Bien, bien! Escucha, Jimmy; yo he visto muchos enamorados en mi vida, pero como tú ninguno.

Jimmy No comprendo.

Bev. Por ejemplo, yo a los diecisiete años adoraba a una niña de quince; un día que paseábamos juntos, cogió dos manzanas en una frutería; el dueño salió gritando: ¿Quién ha robado las manzanas? Pues bien, hijo mío, a mí no se me ocurrió decir que había sido yo; dije que había sido ella... Y sin embargo, estaba enamoradísimo... Pero no tanto como tú.

Jimmy (Enloquecido.) ¡Ah! ¡Déjeme usted, se lo suplico, déjeme!

Bev. (Poniéndose súbitamente serio.) Tienes razón, te dejo. Ya no te necesito. Ya me has dicho cuanto yo necesitaba que me dijeras, y por añadidura has tenido un arranque generoso... ¡Lástima que no pueda borrar lo anterior! (Se apercibe, al beber, de que la paja por donde toma el gin está atrancada. Sopla por ella, y al darse cuenta de que mancha la alfombra, sale al jardín a soplar.)

ESCENA VI

BEVERLEY, JIMMY y MISTRESS BARTON

La puerta primera se abre y aparece mistress Bárton

Jimmy (Dando un grito.) ¡Ah, mistress Bárton! ¡Mistress Bárton! ¡Soy un miserable! ¡La he perdido a usted!

Bart. (Sin comprender.) ¿Qué? (Viendo a Beverley que vuelve del jardín.) ¡Ah!... Mister Beverley...

Bev. (Inclinándose.) Mistress Bárton...

Bart. (Mirándole de arriba abajo.) Sabía que lee usted en el pensamiento de las personas... Ya veo que su verdadera especialidad es hacerles hablar.

Bev. Jimmy no me ha dicho nada que yo no supiera. Unicamente ha confirmado lo que ya sabía.

Bart. (A Jimmy.) ¿Y qué es lo que le ha dicho usted, Jimmy?

Jimmy ¡Oh! ¡No sé, mistress Bárton, no sé! Me ha

hecho perder la razón. Parecía saberlo todo, todo lo decía antes que yo... todo lo que hice... lo que...

Bart. Lo que yo le ordené a usted que hiciera, ¿no es eso? Y mister Beverley deduce que fuí yo quien mató a mi marido.

(Silencio de Beverley.)

Jimmy (Loco de terror.) ¡Mistress Bárton!

Bart. ¡Pues bien, yo no maté a mi marido, Jimmy! Ya sé que usted lo creía también así. Le he dejado en ese error, porque para que me obedeciera usted ciegamente era preciso que me creyera culpable, que creyera usted que así podía salvarme! ¡Pobre Jimmy! ¡Perdóneme usted!

Jimmy ¡Oh! ¡Mistress Bárton!

Bart. ¡Y ahora déjeme usted con mister Beverley! Váyase usted, Jimmy, y esté tranquilo. No me ha causado usted ningún daño, se lo aseguro.

(Jimmy se inclina, saluda a Beverley con un resto de miedo y se dirige a la puerta. En el momento en que va a salir, mistress Bárton le tiende la mano, que él besa con fervor, y sale por el foro.)

ESCENA VII

BEVERLEY y MISTRESS BARTON

Durante esta escena anochece poco a poco

Bart. Felicito a usted cordialmente. Conoce usted parte de la verdad y quizá yo pueda ayudarle a descubrir el resto.

Bev. Siempre he creído que había usted desempeñado un papel muy importante en este asunto.

Bart. Pero no el que usted supone.

Bev. Yo no supongo nada. No la conozco a usted.

Bart. Pues vamos a conocernos, y pronto comprenderá usted que perseguimos el mismo objeto.

Bev. Su objeto es que Spalding sea ejecutado; y no es esa mi intención.

Bart. Spalding saldrá de la cárcel en cuanto yo quiera que salga. Si le he dejado condenar ha sido porque, de ese modo, esperaba des-

cubrir al culpable. Aún confío en ello. Ya ve usted que los dos perseguimos el mismo fin.

Bev. (Sonriendo.) Ruego a usted que precise...

Bart. Antes quisiera estar segura de que poseo toda su confianza.

Bev. Posee usted toda mi atención.

Bart. ¡Es usted prudente!

Bev. ¡Perdón! ¡Pero yo no tengo los motivos que Jimmy para creer, ciegamente, todo lo que usted diga.

Bart. ¡Oh! Supongo que no pensará usted que Jimmy es mi amante.

Bev. (Con gran sinceridad.) ¡No! Cuando un joven se sacrifica hasta ese punto por una mujer, es que aún no ha conseguido nada de ella.

Bart. ¡Gracias! ¿Pero insiste usted en creer que yo asesiné a mi marido?

Bev. Nunca he dicho que le haya usted asesinado. En cambio estoy seguro de que ha... sustraído usted una carta... de que ha mentido usted a la justicia... y perdido a un hombre... ¡Posee usted toda mi atención!

Bart. ¡Está bien!... (Se sientan. Larga pausa. Luego lentamente.) Mister Bárton fué asesinado por su amante.

Bev. (Sin pestañear.) ¡Ah!

Bart. Mi marido y yo nos adorábamos. Durante cinco años, fuí completamente dichosa. Mis menores deseos eran satisfechos. Mi marido había hecho antes de casarse una vida algo disipada; aseguran que había seguido haciéndola después. ¡Es falso! En aquellos cinco años estoy segura de que sólo pensó en mí. (Pausa.) Hace siete meses cambió casi por completo; su solicitud se hizo menos espontánea, dejó de ser el que era. (Se detiene un momento.)

Bev. ¿Y entonces?

Bart. Entonces empezó mi calvario: pretextos para salir de noche... cartas leídas a hurtadillas... frialdad injustificada... ¡Adquirí la certeza de que mi marido tenía una amante! El día que tuve la certidumbre de ello fué para mí tan cruel y tan espantoso como el del crimen. (Pausa.)

Bev. Pero esa certidumbre no se basaría sólo en apariencias.

Bart. ¡Escuche usted!... Una mañana entré en el despacho de mi marido. No reparó en mí. Estaba de espaldas y leía una carta... Luego abrió un cajoncito, cuya llave llevaba siempre, y guardó en él la carta que acababa de leer juntándola con otras.

Bev. ¿Con otras?

Bart. Sí. Salí lentamente del despacho y cerré la puerta sin hacer ruido para que no se diera cuenta de nada y evitar protestas y mentiras.

Bev. ¿Y luego?

Bart. Algunas semanas después, tres días antes del crimen, fuí a buscar a mi marido a la fábrica. Al ir a entrar en su despacho, oí el ruido de una discusión. Escuché, sí, escuché detrás de la puerta. ¡A tal indignidad me llevaron los celos! Oí claramente la voz de una mujer que decía: «Exijo que me devuelva usted esas cartas. Si no lo hace usted ocurrirá una desgracia».

Bev. ¡Ah, ah!

Bart. Empujé la puerta, pero estaba cerrada con llave. Golpeé con violencia y cuando mi marido abrió, estaba ya solo.

Bev. ¡Ah!... (Pensativo.) Y tres días después, al volver del teatro, encontró usted a su marido asesinado.

Bart. Sí... El cajoncito de las cartas estaba abierto y vacío

Bev. ¿Las cartas habían desaparecido?

Bart. ¡Sí!

Bev. Todo se explica... Mister Bárton aguardaba aquella noche la visita de la mujer de las cartas y por eso alejó a todo el mundo; a usted, a Jimmy, a los criados... (Pausa.) ¿Pero por qué no ha dicho usted nada de esto a la justicia?

Bart. Porque nadie había visto entrar ni salir a la culpable, porque nada la delataba y la policía no la hubiera encontrado nunca.

Bev. (Entre dientes.) ¡Nunca! ¡Ciertamente!

Bart. Y porque me repugnaba que mis desavenencias conyugales se publicasen en plena Audiencia.

Bev. ¿Y qué más?

Bart. El revólver de Spalding estaba allí... todo le acusaba... Una idea diabólica cruzó por

mi pensamiento. Dejé que detuvieran a Spalding. E hice más: suprimí, ya sabe usted cómo, su único medio de defensa.

Bev. ¿Pero para qué? ¿Para qué todo eso?

Bart. (Con energía.) Porque estoy segura de que esa mujer no consentirá que un inocente purgue su culpa... Porque desde ayer, desde que sabe que Spalding está perdido, esa mujer no vive... no puede vivir... Porque no aceptará la responsabilidad de dos crímenes.

Bev. ¿Por qué no?

Bart. ¡Estoy segura de ello!

Bev. (Después de reflexionar, mirándola fijamente.) Para estar tan segura de los escrúpulos de la culpable, es preciso que sospeche usted quién es.

Bart. No lo sospecho. Sé quién es. La voz que oí aquella tarde, la voz que decía: «Exijo que me devuelva usted esas cartas», era la voz de Ethel Standish.

Bev. (Sin inmutarse.) ¡Ah!

Bart. ¿Se asombra usted?

Bev. No. Pero supongo que tendrá usted otros motivos para acusarla... motivos más serios.

Bart. ¡Sí, los tengo! La asociación de Standish con mi marido data de hace más de un año; pero hasta principios de éste no empecé a tratar a su familia. Pronto me arrepentí de ello. Standish es un hombre muy bondadoso, pero una instintiva repulsión me separaba siempre de su familia. A pesar de ello, pronto se estableció entre nosotros una gran intimidad, que coincidió con la frialdad de mi esposo para conmigo.

Bev. ¿De modo que usted cree que la esposa de Standish fué amante de mister Barton?

Bart. Estoy segura de ello. Mi visita de ayer tarde, no tuvo más objeto que observarla después de la sentencia contra Spalding. Yo esperaba un grito... algo.

Bev. ¿Y...?

Bart. ¡Nada!

Bev. ¿Y si estuviera usted equivocada?

Bart. Le repito a usted que reconocí su voz.

Bev. (Reflexionando.) Todo es posible. (Pausa.) Si fué ella, en efecto, quien mató a mister Barton, le doy a usted mi palabra de honor de que ella misma me lo dirá.

Bart. Eso es lo que espero de usted.

Bev. ¿Recuerda usted los términos de la carta que su esposo escribió a Spalding?

Bart. Palabra por palabra. (Recitando.) Spalding: Después de la escena ridícula...

Bev. (Interrumpiéndola.) ¡Espere usted! (Saca del bolsillo un papel azul, lo arruga ligeramente, enciende las luces, se sienta y se dispone a escribir.) Puede usted hablar deprisa; domino la taquigrafía. «Spalding: Después de la escena ridícula...»

Bart. (Dictando.) «... Que acaba usted de hacerme, le comunico que ha dejado usted de pertenecer a la fábrica. Nunca he cedido a amenazas y estoy dispuesto a no ceder jamás. Le advierto que mi resolución es irrevocable y que nada podrá modificarla; ni aun la probable intervención de mi socio. Puede usted pasar por la caja, donde le pagarán a usted y le devolverán su revólver, que dejó olvidado en mi despacho. Gerardo Bárton.»

Bev. (Acabando de escribir.) ¡Gracias! (Se levanta, dobla el papel y se lo guarda.) Y ahora separémonos y confíe usted en mí... (Le tiende la mano.)

Bart. (Aparentando no ver el movimiento de Beverley.) Sabré recompensar como se merecen sus servicios.

Bev. (Sin pestañear, dejando caer la mano.) Así lo espero, y deseo poseer toda su confianza.

Bart. Posee usted toda mi atención. (Mutis.)

ESCENA VIII

BEVERLEY y STANDISH. Luego ETHEL, después ALICIA

Stand. (Entrando por la primera derecha.) ¡Ah! ¡Mister Beverley! (Dándole la mano.) ¡Usted perdone! No me habían avisado...

Bev. (Con naturalidad.) Acabo de llegar.

Stand. ¿Hay algo de nuevo?

Bev. Algo, sí.

Stand. ¿Qué hay?

Bev. (Con negligencia.) Hay, que tenía usted razón. Spalding es inocente del crimen de que se le acusa.

Stand. ¿Está usted seguro?

Bev. Sí.

Stand. ¿Tiene usted la prueba?

Bev. Aquí, en el bolsillo.

Stand. ¿La carta de Barton a Spalding, quizá?

Bev. Precisamente.

Stand. ¿Pero dónde la ha encontrado usted?

Bev. Donde estaba. Lo importante era que existiese. Existiendo tenía que estar en alguna parte y yo debía, seguramente, encontrarla.

Stand. ¡Es inaudito!... (A Ethel, que entra por la primera derecha.) ¡Ethel!

Ethel ¿Qué pasa?

Stand. La carta... la famosa carta... la salvación de Spalding...

Ethel Sí... ¿qué?

Stand Que mister Beverley dice que la tiene en el bolsillo.

Ethel ¡No es posible!

Bev. (Sacando del bolsillo el papel que escribió, dictado por mistress Barton.) ¡Aquí está!

Stand. (Corriendo hacia él.) ¡Démela usted!

Bev. (Deteniéndole y doblando el papel.) ¡Usted perdone! Pero mi misión no ha terminado aún y no puedo confiar a nadie este papel.

Stand. Léalo usted al menos.

Ethel Sí, lealo usted.

Bev. Eso sí. (Leyendo.) «Spalding: después de la escena ridícula que acaba usted de hacerme, le comunico que ha dejado usted de pertenecer a la fábrica. Nunca he cedido a amenazas y estoy dispuesto a no ceder jamás. Le advierto que mi resolución es irrevocable y que nada podrá modificarla; ni aún la probable intervención de mi socio. Puede usted pasar por la caja, donde le pagarán a usted y le devolverán su revólver, que dejó olvidado en mi despacho.—Gerardo Bárton.» (Dobla el papel.)

Stand. ¡Oh! Reconozco perfectamente la rudeza de Bárton.

Ethel ¡Por fin!... ¡Spalding se ha salvado!

Stand. ¡Desde luego! La carta no deja lugar a dudas.

Ethel ¡Hay que avisar al juez!... ¡En seguida!... (Va a salir.)

Bev. ¡No! ¡Eso no!

Stand. / **Ethel** ¿Cómo?

Bev. Ya les he dicho a ustedes que mi misión no ha terminado. No se trata sólo de salvar a

un inocente; se trata, sobre todo, de descubrir a la culpable.

(Movimiento de terror en Ethel.)

Stand. (Sin verla.) ¿La culpable?

Bev. Sí. Tengo muchos motivos para creer que Bárton fué asesinado por una mujer... Y que esa mujer era su amante.

Stand. ¡Ah!

Bev. No pienso hacer uso de esta carta. Sería la libertad de Spalding y la verdadera culpable no se descubriría nunca, estoy seguro. Tengo la certeza de que únicamente viendo a Spalding perdido, confesará su crimen esa mujer... Por lo tanto, yo no le salvaré... ¡y rompo este papel. (Lo rompe.)

Ethel (Dando un grito) (Ah!

Stand (Precipitándose sobre Beverley.) ¿Está usted loco?

Bev. (Friamente, deteniéndole.) Atienda usted a su esposa; parece que no se encuentra bien.

Stand. (Volviéndose.) ¡Ethel!

Ethel (Recobrándose.) ¡No es nada, no es nada! (Pero las fuerzas la abandonan, vacila y cae en un sillón.)

Stand. (Corriendo a auxiliarla.) ¡Ethel! ¿Qué tienes? (Gritando.) ¡Ned! ¡Ned!

Alicia (Entrando por la primera derecha.) ¿Qué ocurre?

Bev. Nada. Que mistress Standish se ha sentido indispuesta.

Alicia (Yendo rápidamente hacia ella.) ¡Ethel! ¡Ethel!

Stand. ¡Ethel!

Ethel (Abriendo los ojos.) ¡No es nada! ¡No es nada! No sé qué me ha pasado.. estoy tan nerviosa... (Intenta levantarse.) Pero ya estoy bien, te aseguro que no es nada. (Levantándose.) Ha sido una tontería. ¡Me ha hecho tanta impresión!

Stand. ¡Lo comprendo!... ¡Hay motivos para ello. (A Beverley.) No puedo negar que yo también me he impresionado ante lo que acaba usted de hacer.

Alicia ¿Pero qué ha sido? ¿Qué ha pasado?

Ethel ¡Nada! ¡Nada!... No se hable más de ello, os lo suplico.

Alicia (Muy sorprendida, tratando de averiguar.) Pero...

Ethel (Mirándola y apercibiéndose de que está vestida para salir.) ¡Ah! ¿Estás ya vestida? Sí, es verdad. Es hora de marcharnos. Voy a ponerme el abrigo. ¡Ven!

Stand. ¡Pero Ethel! ¿Vas a salir en ese estado?

Ethel ¿Por qué no, Ricardo? Ya pasó, me siento admirablemente, te lo aseguro. Además, no podemos dejar de ir los dos a casa de la madre de Enrique.

Alicia ¿Pero cómo, Ricardo no viene con nosotras?

Stand. No, ya sabes que cuando estoy todo el día fuera, tengo correspondencia atrasada y necesito despacharla por la noche. Ethel me disculpará, ya que, decididamente, se siente con fuerzas para salir.

Ethel (Esforzándose por sonreir) ¡Sí, sí! ¡Está tranquilo! (Le da un beso.)

Stand. Enrique os acompañará a la vuelta, ¿verdad?

Alicia Seguramente.

Ethel Estaremos aquí a las once y media lo más tarde, no tengas cuidado.

Stand. ¡Bueno, está bien!... ¡Hasta luego!... ¡Hasta luego, Alicia!

Ethel ¡Hasta luego!

(Las dos mujeres salen por la primera derecha.)

ESCENA IX

BEVERLEY y STANDISH

(Pausa.)

Bev. Estoy desconsolado por haber sido causa, aunque involuntaria... (Breve pausa.) ¿Padece su esposa con frecuencia estas indisposiciones?

Stand. (Muy preocupado.) No... (Mirándole fijamente.) ¿Se da usted exacta cuenta de lo que ha hecho?

Bev. ¿Cómo?

Stand. Esa carta que ha roto usted...

Bev. ¡Ah! No sé. La he roto como obedeciendo a un mandato desconocido, a un impulso irresistible de mi subconsciencia.

Stand. ¿Y su conciencia a secas no le ha ordenado a usted que no la rompiera?

Bev. ¡No!

Stand. ¿De modo que usted opina que el asesino ha de denunciarse necesariamente?

Bev. ¡Necesariamente!

Stand. Y no obstante, supongamos que ese hombre...

Bev (A media voz.) Esa mujer...

Stand. ¡Está bien! Esa mujer a quien proteje un error judicial, que puede vivir ya en perfecta impunidad, a quien nada ni nadie puede ya inquietar... supongamos que, a pesar de la oculta influencia de usted, no quiere entregarse a la justicia.

Bev. ¿Y qué?

Stand. ¡Que Spalding no tiene salvación!

Bev. (Pausadamente.) Nada de eso. El papel que he roto hace un momento no era la carta de Barton; era solamente una copia.

Stand. (Mirándole con enorme ansiedad.) ¿Una copia? (Tratando de comprender.) ¡Una copia! ¿Y por qué razón? (Bruscamente.) ¡Oh! ¿De quién sospecha usted en esta casa?

Bev. (Fríamente.) Yo empiezo siempre por sospechar de todo el mundo y luego procedo por eliminación.

Stand. (Violentamente.) ¡Mister Beverley, le exijo a usted que exprese claramente su pensamiento

Bev. (Con mucha calma.) Yo no le pregunto a usted el suyo, mister Standish.

Stand. ¡El mío!... El mío es que es usted un miserable o un loco!... Mi mujer está por encima de toda sospecha!

Bev. (Con aire de sorpresa y cada vez con más calma.) ¿Pero cómo puede habérsele ocurrido a usted la idea de que nadie sospeche de su esposa?

Stand ¡Mister Beverley!

Bev. Son ustedes un matrimonio tan unido... no se separan ustedes nunca... seguramente recordará usted, de un modo preciso, lo que su esposa hizo la noche del veinticuatro de Junio. Indudablemente estarían ustedes juntos.

Stand. (Impresionado.) ¡No! Yo estaba en Liverpool.

Bev. ¡Ah!

Stand. Pero sé perfectamente lo que hizo mi mujer aquella noche... Me lo escribió... El veinticuatro de Junio comió en casa de una antigua compañera de colegio; mistress Bocherston. (Pronúnciese: «Misis Bóquerston».)

Bev. (Insinuante.) Es una cosa bien fácil de comprobar...

Stand. (Conteniéndose.) ¡Pero yo no la comprobaré!

Bev. (Con mucha finura.) ¡Y hará usted muy bien! (Pausa breve.) Perdóneme usted; pero es muy

tarde y aún tengo que hacer muchas cosas... (Coge el sombrero) Y tranquilícese usted... tranquilícese usted...

Stand. (Vagamente, levantando la cabeza.) ¿Eh?

Bev. Salvaremos a Spalding, le salvaremos. (Se inclina y sale por el foro.)

Stand. Ned... Ned...

ESCENA X

STANDISH sólo; luego NED; despues O'MARA

Stand. (Sólo, reflexiona muy intranquilo, luego toca el timbre. Ned entra por la tercera derecha) ¿Está todavía mi mujer en casa?

Ned No. Acaba de salir con miss Alicia.

Stand. ¡Está bien! (Ned se inclina. Standish vuelve a reflexionar, luego se vuelve hacia Ned que iba a marcharse.) ¡Ned! (Ned se vuelve.) Di a mister O'Mara que venga en seguida.

Ned Bien. (Sale por la tercera derecha.)

Stand. (Solo, muy preocupado, paseándose.) ¡Veinticuatro de Junio! ¡Veinticuatro de Junio!

O'Mara (Entrando por la primera derecha.) ¿Me ha mandado usted llamar?

Stand. (Vivamente.) ¡Sí! (Pausa.) Tengo que pedirle a usted... un favor, O'Mara; una misión urgente... y confidencial.

O'Mara Estoy a sus órdenes.

Stand. Es preciso que vaya usted en seguida... en seguida, a casa de mistress Bocherston.

O'Mara Está bien. ¿Dónde es?

Stand. ¡Ah, sí! ¡Es verdad! ¡Espere usted! (Va a la mesa, saca de un cajón un libro de señas y lo hojea.) B... ¡Ah! ¡Aquí está! Bocherston: Wolsley Road, cuarenta y cinco, (Pronúnciese: «Uólslei Rod».) Hampton Court... (Pronúnciese: «Jámton-Cort».) en las afueras de Londres.

O'Mara ¡Perfectamente!

Stand. Bien, pues... (Vacila.) Pregunta usted a mistress Bocherston si... en fin, arréglese usted de manera que le diga si... (Se detiene.)

O'Mara ¿Si qué?

Stand. (Bruscamente.) ¡En fin, quiero saber si mi mujer comió allí el veinticuatro de junio!

O'Mara (Estupefacto.) ¿El veinticuatro de junio?

Stand. (Pausa.) Sí.

O'Mara (Deferente y discreto.) Está bien.

Stand. Diga usted lo que se le ocurra... que mi mujer ha perdido un abanico y que cree haberlo olvidado allí...

O'Mara ¡Descuide usted!

Stand. Como es muy lejos y tardará usted en volver... telefonéeme usted la contestación desde Hampton Court... Quiero saber inmediatamente...

O'Mara Así lo haré. (Mutis.)

(Standish, sólo, pasea.)

Ned (Entrando por la tercera derecha.) Señor, ¿se sirve la comida?

Stand. ¿La comida?

Ned Son cerca de las ocho.

Stand. No tengo apetito, comeré más tarde... Ya avisaré.

Ned ¡Bien! (Sale por la tercera derecha.)

Stand. (Solo, continúa paseando. Luego, asaltado por una idea se detiene.) ¡Oh! ¡Ethel! ¡Es imposible!... Ethel que me escribía. «Cada día que pasa, creo quererte de un modo imposible de superar; y al día siguiente, me doy cuenta de que te quiero más aún...» (Se deja caer en una silla, moviendo la cabeza.) ¡Oh! ¡No! ¡No!... ¡Es imposible!... ¡Imposible!

(Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración. Dos horas más tarde. Son las diez y media de la noche. La habitación está iluminada como al final del acto segundo.

ESCENA PRIMERA

STANDISH. Luego NED

(Standish, solo está sentado con la cabeza entre las manos. Pausa. Ned entra por la segunda derecha.)

Ned ¡Con permiso!

Stand. (Sobresaltado.) ¿Qué?... ¿Qué ocurre?

Ned Acaban de dar las diez y media.

Stand. ¿Y qué?

Ned Victoria pregunta si se puede servir. Hemos esperado a que usted llamara, pero...

Stand. No como esta noche, Ned.

Ned ¿Se siente usted mal?

Stand. No... Tengo que trabajar...

Ned (Mirando a la mesa, donde no hay ningún papel.) ¡Ah!

Stand. (Levantándose.) ¿Qué dices?

Ned Nada, nada. (Va hacia la puerta.) Entonces... ¿pueden quitar la mesa?

Stand. ¡Sí! (Ned va a salir.) ¡Ned!

Ned ¡Mande usted!

Stand. (Poniéndole una mano en el hombro.) ¡Tú que la conoces, tú que... (Se detiene bruscamente.) ¡Oh! ¡Estoy loco! ¡Vete! ¡Vete!

Ned (Inquieto.) ¿Quiere usted que le acompañe hasta que vuelvan?

Staud. (Sin dejarle acabar.) ¡No! (Pausa.) ¡Estoy rendido!

Ned Debía usted acostarse.

Stand. ¡No! Quiero esperar a mi mujer.

Ned ¡Échese usted, al menos, un rato en el sofá.

Stand. Sí, sí, tienes razón. (Se extiende en el sofá de la izquierda, de espalda al público.)

Ned (Va a salir, pero se detiene.) Apagaré la luz. (Apaga la lámpara primero, luego las luces que hay sobre la mesa y la mesita. Standish se agita en el diván murmurando: «¡Ethel!» «¡O'Mara!» Ned se detiene, sorprendido, creyendo que Standish le ha llamado. Viéndole dormido comprende y dice:) ¿Eh?... ¡Ah! Se ha dormido. (Apaga la última lámpara. Obscuridad completa en la escena. Ned sale por el foro, apaga las luces de la antecámara y cierra la puerta. En este momento todo el teatro queda en la más completa obscuridad.)

ESCENA II

STANDISH. Luego los personajes de su sueño: STANDISH, la VOZ DE O'MARA y ETHEL

(Transcurren algunos segundos. Suena el timbre del teléfono e inmediatamente un rayo de luz roja lo ilumina. El timbre sigue sonando. Bruscamente, Standish, aparece junto a la mesa sin que se le haya visto atravesar la escena. Un rayo luminoso, rojo, de un segundo proyector, ilumina su figura: el sueño.)

Stand. (Va al teléfono y descuelga el receptor.) ¿Quién es? ¡Ah! ¿Es usted, O'Mara?

O'Mara (Voz lejana.) Sí, mister Standish.

Stand. ¿Ha visto usted a mistress Bockerston?

O'Mara Sí...

Stand. ¿Y qué?

O'Mara El veinticuatro de Junio, mistress Standish no estuvo en casa de mistress Bocherston... (Alejándose la voz.) ¡Mistress Standish no estuvo en casa de mistress Bocherston!

(Standish, horrorizado, cuelga el receptor y se desploma en un sillón. Pausa. Luego la voz de Ethel, invisible aún, dice:)

Ethel (Voz.) ¡Ricardo!

(El proyector que iluminaba el teléfono va a iluminar a Ethel. Ha entrado en escena, sin ser vista tampoco, y está a dos pasos de su marido.)

Ethel ¡Me parece que he sido exacta! Son las once y media en punto. ¿Te has aburrido mucho?

Stand. ¡Ven! (Ethel da un paso hacia él.) ¡Ven! ¡Mírame, Ethel!

Ethel ¿Qué tienes, Ricardo?

Stand. ¡Júrame que responderás con sinceridad a todas mis preguntas!

Ethel Te lo juro. (Sonriendo)

Stand. ¿Es cierto que me quieres?

Ethel Cada día que pasa creo quererte de un modo imposible de superar, y al día siguiente, me doy cuenta de que te quiero más aún...

Stand. (Recordando la frase, se queda atónito; luego, dominándose.) La noche del asesinato de Bárton, ¿dónde estuviste, Ethel?

Ethel Lo sabes tan bien como yo... te lo escribí... aquella noche, Alicia y yo comimos en casa de Mistress Bocherston, mi amiga de colegio.

Stand. ¡Mientes!

Ethel ¡Ricardo!

Stand. (Más fuerte.) ¡Mientes! Aquella noche fuiste a casa de Bárton.

Ethel (Dando un grito.) ¡No!

Stand. ¡Sí! ¡Bárton era tu amante! ¡Y tú fuiste quien le mató!

Ethel (Espantada.) ¡No, Ricardo, no; te lo juro! ¡Yo no maté a Bárton! ¡Yo no maté a Bárton!

Stand. Entonces, fué Spalding.

Ethel ¡No! ¡Spalding es inocente; Beverley ha encontrado la carta... ¡Es necesario salvar a Spalding!

Stand. No se trata de salvar a un inocente; se trata de descubrir al verdadero culpable. ¡Beverley me ha dado la carta! ¡Mira! (Levanta la mano derecha agitando un papel imaginario.)

Ethel ¡Dámela!

Stand. ¡No! El verdadero asesino no confesará mientras no vea perdido a Spalding... Yo no le salvaré... ¡y rompo este papel! (Simula romperlo.)

Ethel (Dando un grito desgarrador.) ¡Ah!

Stand. ¡Ya ves cómo es cierto! ¡Fuiste tú, fuiste tú quien mató a Bárton!

Ethel (Desplomándose sobre una silla.) ¡Oh! ¡Sí, yo fuí, Ricardo, yo fuí!... ¡Perdón! ¡Perdón! (Se coge la cabeza con las manos.)

Stand. (Fuera de sí.) ¡Ah! ¡Dímelo todo! ¡Quiero saberlo todo! ¿Fuiste su amante?

Ethel ¡Sí, sí!

Stand. ¡Miserable!... ¿Y por qué... por qué le mataste?

Ethel Porque quería a otra mujer... porque me abandonaba a mi desesperación y mis lágrimas... La idea de que desdeñaba mi amor por el de otra mujer fué para mí un suplicio insoportable... ¡No, no pude sufrirlo! La noche del veinticuatro de Junio... (Se detiene.)

Stand. ¡Sigue! ¡Sigue!

Ethel Fuí a suplicarle... lloré, amenacé... ¡Todo inútil! Fué despiadado, cruel... despectivo... entonces me convencí de que todo había concluído... de que nunca, nunca, volvería a quererme... de que otra me había robado su cariño... ¡No pude soportar esta idea... y le maté!

Stand. ¿Tanto le querías?

Ethel ¡Sí! ¡Sí! ¡Con toda mi alma!

Stand. ¡Ah! ¡Miserable! (La agarra por la garganta.)

Ethel ¡Ricardo!

Stand. ¡Si tanto le querías no podrás vivir sin su amor!... ¡Pues bien, vé, vé a reunirte con él, con tu amante!, ¡con tu amante!

(Los dos proyectores se apagan. Obscuridad completa. Se oye en la obscuridad la última frase de Ethel.)

Ethel (Jadeante.) ¡Ricardo! ¡Ricardo!... ¡Ah!... ¡Me ahogo!... ¡Ah!... ¡Perdón!...

(La actriz que represente el papel de Ethel, dará la sensación de que Standish la extrangula. Este, en cuanto la escena queda a obscuras, vuelve a acostarse sobre el sofá, y ella sale por la puerta de la derecha, sin ser vistos por el público. Pausa. Luego se enciende la luz de la antecámara y se ve a Ned, que, abriendo la puerta del foro, precede a Enrique. Este viste de frac y sombrero claque. Trae puesto el gabán.)

ESCENA III

STANDISH y ENRIQUE

Enr. (Desde la antecámara.) Soy yo, Ricardo: vengo acompañando a Ethel y a Alicia... En seguida vienen... Están quitándose los abrigos... (Ned, entretanto, ha entrado y ha encendido la lámpara. Enrique le da el gabán y el sombrero.

Ned se va. Enrique, al ver a Standish dormido va a él y le toca el hombro.) ¿Qué es eso, Ricardo? ¿Duerme usted?

Stand. (Despertándose sobresaltado.) ¿Qué?.. ¡Qué pasa? ¿Quién está ahí?

Enr. (Sorprendido.) ¡Soy yo, Ricardo!

Stand. (Le mira. Luego con espanto.) ¡Allí!... ¡Detrás de aquel sillón! .. ¡Allí está!

Enr. (Mirando al sitio señalado por Standish.) ¿Quién? (Yendo a él con solicitud) ¡Ricardo!

Stand. (Se levanta, mira a su alrededor, comprende que ha soñado y suspira con fuerza.) ¡Ay, amigo mío!

Enr. ¿Qué le sucede a usted?

Stand. Me quedé dormido un instante... y he tenido una pesadilla horrible.

Enr. ¿Una pesadilla?

Stand. ¡He creído volverme loco! ¡Ethel!... ¡Mi Ethel! .. ¡Es estúpido!

Enr. ¡Cálmese usted, Ricardo! ¡Vamos!... ¡Cuén teme usted ese sueño!

Stand. (Coordinando sus ideas.) ¡Sí! A usted puedo contárselo. ¡Oiga usted!... Espere que recuerde.. ¡Ah, sí!... Empezaba por una llamada del teléfono. (El teléfono suena. Standish, aterrado, agarrando el brazo de Enrique.) ¡Enrique! ¡Enrique!

Enr. (Calmándole.) ¿Que le pasa? ¡Cálmese, Ricardo, cálmese usted!

Stand. Vaya .. vaya al teléfono, Enrique, conteste usted... yo no puedo... no puedo... no puedo.

Enr. Sí, voy, voy. (Va al aparato.)

Stand. (A sí mismo.) ¡O'Mara!... ¡Es O'Mara!

Enr. (Al aparato.) ¡Diga!... Sí... ¡Ah!... ¿Es usted O'Mara?

Stand ¡Sí, sí; es él, es él!

Enr. (Al teléfono.) No, soy Maitland... ¿Cómo?... Está bien. (A Standish.) Quiere hablar con usted, Ricardo.

Stand. (Irguiéndose) ¡Voy!... ¡Voy! (Se levanta y coge el receptor de manos de Enrique.) ¡Sí, soy yo, O'Mara!... ¡Sí! ¡Sí! (Colgando el receptor rápidamente.) ¡Ah! (Con un gran grito.)

Enr. ¿Pero qué le ocurre? ¿Qué le pasa a usted?

Stand. (Con la mirada fija como hablando consigo mismo) Los Bocherston están en Escocia desde el treinta de Abril. ¡Ethel no estuvo en su casa!

Enr. ¿Pero quiere usted explicarme?...

Ethel ¡Ricardo!

Stand. (Viendo que se abre la puerta.) ¡Silencio! ¡Ethel!

ESCENA IV

DICHOS y ETHEL

Ethel (Entrando por el foro.) ¡Me parece que he sido exacta! Son las once y media en punto. ¿Te has aburrido mucho?

Stand. (Reconociendo la frase del sueño, en voz baja, sin moverse.) ¡Enrique! ¡Deme usted la mano! (Enrique lo hace.) ¿Es usted? ¿No sueño, verdad?

Enr. ¡No, Ricardo, no!

Ethel (Sorprendida.) ¿Qué te pasa, Ricardo?

Stand. (Recuperándose.) Enrique, tenga usted la bondad de dejarnos solos un momento...

Enr. Sí, sí. (A Ethel.) ¿Dónde está Alicia?

Ethel En el saloncito.

Enr. Gracias. Hasta luego. (Sale por la primera derecha, preocupado.)

ESCENA V

ETHEL y STANDISH

(Pausa. Ethel aguarda sorprendida.)

Stand. ¿Me has disculpado con la madre de Enrique?

Ethel Sí.

Stand. ¿Cómo está?

Ethel Muy bien. Le ha contrariado mucho que no hayas ido con nosotras. Ya le expliqué que tus negocios... ¿Has comido bien?

Stand. No he comido.

Ethel ¡Oh! ¿Por qué?

Stand. Me sentía fatigado, indispuesto...

Ethel (Vivamente, con solicitud.) ¡Ricardo!

Stand. No te alarmes, no es nada.

Ethel No has debido esperarme. ¿Por qué no te acostaste?

Stand. He dormido un poco ahí. ¡Oh! ¡Diez minutos!... ¡Ese mister Beverley me impresionó tanto!...

Ethel (Con reproche.) ¡Bah!

Stand. ¡Sí, es una tontería! (Fingiendo indiferencia.) Pero no pienso más que en el crimen y en

el misterio que le rodea. (Pausa.) Recuerdo que lo supe precisamente por una carta tuya... Yo estaba en Liverpool. Tuve que volver precipitadamente.

Ethel (Sorprendida.) ¡Sí... sí... ya lo sé...

Stand. Debiste de impresionarte mucho al saber la noticia a la mañana siguiente...

Ethel ¿A la mañana siguiente?

Stand. ¡Claro! No pudiste enterarte antes, puesto que pasaste la velada en casa de mistress Bocherston.

Ethel ¡Ah, sí, sí! (Vacilando.)

Stand. (Con voz sorda.) ¿No comiste con ella?

Ethel No; no comí allí.

Stand. (Con esperanza.) ¿Estás segura?... Sin embargo, tú me escribiste que...

Ethel En efecto, teníamos intención de ir aquella noche Alicia y yo... pero luego...

Stand. (Respirando.) ¿No fuisteis? ¿No fuisteis?

Ethel Pero Ricardo...

Stand. ¡No puedes comprender!... (Besándola las manos.) ¡Perdón! ¡Perdón! (Mirándola sin soltarle las manos.) ¡Y he podido creer!... ¡He podido imaginar!

Ethel ¿Imaginar qué?...

Stand. Que tú... ¡Oh! Ya puedo decírtelo. Que estabas complicada en el... crimen... Que entre nosotros había una mentira .. ¡Que me habías ocultado la verdad... (Dichoso.) ¡Pero ya se acabó! ¡Se acabó! No has mentido... no has mentido. (Va a besarla, pero ella se separa.) ¡Mírame! ¡Mírame! ¡Ethel!

Ethel ¿Qué quieres?

Stand. (Después de una pausa.) Decías que... pensabas ir a casa de los Bocherston, pero que luego... ¿Por qué no fuisteis?

Ethel Porque a última hora me sentí mal.

Stand. ¿Y te quedaste en casa?

Ethel ¡Sí! (Rectificando.) ¡No!... ¡No sé!... (Pausa.) No recuerdo.

Stand. (A quien la ansiedad gana de nuevo.) ¡Procura recordar!

Ethel ¿Para qué? La cosa no tiene importancia.

Stand. ¡Sí, la tiene!

Ethel ¡Ricardo!

Stand. (Mirándola.) ¡Ethel! En tus ojos veo de nuevo la emoción que sentiste cuando mister Beverley rompió la carta.

Ethel Aquella emoción estaba muy justificada.

Stand. Tú no conoces a Spalding... Yo, que le conozco y le profeso verdadera amistad, no me impresioné tanto como tú... cuando Beverley...

Ethel ¡Ricardo!

Stand. ¿Qué?

Ethel ¡Ah! ¡No puedo más, no tengo derecho a mentir por más tiempo!

Stand. ¡Ah!

Ethel Creí que podría callar... ¡No puedo! Lo sabrás todo, pero tú solo.

Stand. Yo solo, sí. ¡Habla! ¡Habla, por Dios!

Ethel ¡Es cierto, Ricardo!... ¡Estoy... gravemente complicada en el crimen!

Stand. (Horrorizado.) ¡Ah! (Acordándose.) ¡El sueño! ¡El sueño!

(Dando un grito va hacia ella amenazador.)

ESCENA VI

DICHOS, ENRIQUE y ALICIA

Enr. ¡Ricardo! (Corriendo a detenerle.)

Alicia (Viendo la emoción de Standish y Ethel.) ¡Ethel

Stand. ¡Habla, habla!

Ethel No, a ti solo, he dicho que a ti solo!

Stand. Puedes hablar delante de tus hermanos. No serán ellos quienes publiquen el escándalo.

Alicia ¿El escándalo?

Ethel ¡No hablaré!

Stand. (Amenazador.) ¡Ethel!

Alicia Oyeme, Ricardo.

Ethel (Interrumpiéndola.) ¡Alicia, te prohibo que hables!

Stand. (Dando un salto.) ¡Ah! ¿Alicia lo sabe?

Enr. ¿Qué? ¿Qué es lo que sabe?

Ethel No sabe nada.

Alicia Sí.

Ethel ¡Te ordeno que calles!

Stand. (Fuera de sí.) ¡Ethel! ¡Ah!

Enr. (Deteniéndole.) ¿Qué va usted a hacer, Ricardo?

Ethel (A Enrique.) ¡Déjele usted! ¡Sé lo que sospecha mi marido, lo que se atreve a pensar!

Stand. (Desconcertado.) ¿Y no te espanta?

Enr. ¡Silencio, por Dios!

ESCENA VII

DICHOS y NED. Luego SIR EVERARDO y LADY MARSHALL

Ned (Por el foro.) Sir Everardo y lady Marshall. (Sensación.)

Stand. ¿Eh?

Enr. ¿A estas horas?

Mars. ¿Cómo a estas horas? ¿No les ha prevenido a ustedes mister Beverley?

Ethel ¿De qué?

Ever. Nos ha telefoneado citándonos aquí a las doce.

Stand. ¿Mister Beverley?

Ever. Sí. Y me sorprende mucho que no esté aquí ya.

Stand. (Siempre fuera de sí.) ¡Ah! ¡Sea! Puesto que los que conocen la verdad no quieren hablar, oiremos a los que saben adivinarla.

ESCENA VIII

DICHOS y NED. Luego BEVERLEY

Ned (Anunciando.) Mister Beverley.

(Breve pausa. Beverley entra presuroso por el foro Ned sale.)

Bev. (Desde la puerta.) ¡Buenas noches! Dije a usted que mi único objeto era descubrir al verdadero culpable. Hacía falta, ante todo, que yo tuviera en mi poder un objeto que hubiese estado en manos del asesino. No conozco más que uno: el revólver que dió la muerte a mister Bárton. ¡Aquí está!

(Enseña una cajita precintada y lacrada, que ocultaba detrás de la espalda, y la echa sobre la mesa, bajo la lámpara.)

Mars. ¿Ese paquete?

Bev. No he querido abrirlo antes. No he querido ponerme en comunicación psíquica con el asesino más que aquí, en presencia de ustedes. ¿Quiere usted abrir ese paquete, mister Standish? (Standish obedece maquinalmente.) ¡Gracias! (Coge el revólver, le da vueltas entre las manos, parece reconcentrarse; de pronto frunce el ceño.) ¡Demasiada luz! ¡Hay demasiada luz!

Mars. ¡Apagaremos!

(Lady Marshall apaga la luz de la lámpara que pende del techo.)

Enr. (Estupefacto.) ¿Qué comedia es esta? (Pausa. Dan las doce.)

Ever. ¿Me darán otra bofetada?

Bev. (De pie, con los ojos medio cerrados, vuelve y revuelve el revólver entre sus manos, hablando lentamente, con dificultad, como si recibiera las inspiraciones una a una.) ¿Por qué manos has pasado, revólver? ¡No veo! (De pronto.) ¡Ah! ¡Una mano robusta... callosa... una mano de obrero!

Mars. (Bajo.) ¡Spalding!

Bev. ¡Sí, sí! ¡Spalding! ¡A ver! ¡A ver! El día en que la mano de Spalding empuñó por última vez este revólver. ¡Quiero encontrarme en aquel día! ¡Lo quiero! (Beverley, tras breve pausa hace visibles esfuerzos. De pronto) ¡Ya! ¡Veinticuatro de junio!

Ethel (A media voz.) ¡Veinticuatro de junio!

Bev. ¡Ah! ¡Ya veo! Veo el revólver en el bolsillo de Spalding... bruscamente su mano lo coge. ¡Ah! ¡Una mesa! ¡Una discusión! ¡Una discusión violenta! ¡El revólver que apunta a mister Bárton! ¡No, no! Arrojan el revólver... sobre la mesa... No veo ya la mano de Spalding. (Deja el revólver sobre la mesa. Marcando mucho las palabras.) ¡Ah! ¡Ah! (Pausa, mirando fijamente al revólver.) ¡Otra mano! ¡La de un hombre! ¡Es una mano fina! ¡Tiene un anillo!

Ever. (A media voz.) ¡Bárton!

Bev. ¡Sí, sí, Bárton! ¡Separa el revolver para escribir! Escribe... escribe... luego se levanta rápidamente y escucha. ¡Espera a alguien! ¡Espera! (Pausa.) ¡La puerta se abre... entran. ¿Quién? ¿Quién? ¡No veo! (Impaciente.) ¿Quién entró? ¡Hablan! Frases de amor... Súplicas... palabras de odio... (Da un grito.) ¡Ah!

Stand. ¿Qué?

Bev. ¡Oh, una mano pequeña, una mano de mujer!... (Sensación general.) Que coge el revolver... que apunta... ¡dispara! ¡Bárton cae muerto!... La mano sigue crispada sobre el revólver... ¡Oh! ¡Veo más, más! ¡El brazo. . el hombro... el cuerpo! ¡Ah! ¡La figura se precisa!... Elegante... esbelta. ¡La veo! ¡La veo! (Dando un grito.) ¡Ah! ¡Está aquí... aquí! (Se dirige con el brazo extendido hacia Ethel.)

Alicia (Dando un grito.) ¡Soy yo! ¡Soy yo! ¡Yo quien mató a Barton!

Stand. Enr. (Petrificados.) ¡Alicia!

Alicia ¡Sí, fuí yo! ¡Todo lo que ha dicho es cierto! ¡Fuí yo! ¡Fuí yo! ¡Perdón! (Cae desmayada.)

Bev. (No puede al pronto ocultar su asombro; pero recupera su serenidad inmediatamente, y con completo aplomo dice:) ¡Ya lo sabía! (Telón.)

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

La misma decoración. Algunas horas más tarde. Cerca de las seis de la mañana. Es de noche. Las lámparas que hay sobre las mesas, encendidas; la del techo, apagada. Fuego en la chimenea.

ESCENA PRIMERA

STANDISH y O'MARA

(Al levantarse el telón, Standish está sentado ante la chimenea. Se ve que ha pasado allí la noche. O'Mara está de pie junto a él. Continúan una conversación comenzada antes de levantarse el telón.)

O'Mara (Después de una pausa.) ¡Miss Alicia Gray!

Stand. Sí, O'Mara. ¡Es increíble! Y sin embargo... Me avergüenza decirlo, pero la confesión de Alicia ha sido para mí un descanso. ¡Sí, ya sé! ¡Es una gran desgracia! ¡Pero yo temía otra infinitamente mayor para mí!

O'Mara Yo estaba tan seguro de que mistress Standish no era culpable.

Stand. ¡Gracias, O'Mara!

O'Mara ¿Y mister Maitland? ¿Dónde está?

Stand. ¡No lo sé! Miró a Alicia como si no comprendiera nada... nos miró a todos... y luego salió, o más bien, huyó de aquí como un loco, sin decir una palabra.

O'Mara ¿Y miss Alicia?

Stand. ¡Oh! ¡Una crisis espantosa! ¡La hemos hecho acostarse! El doctor vino en seguida. Se marchó a las tres y volverá por la mañana. Ahora está con ella mi mujer. (Pausa.)

O'Mara Decididamente Beverley es un hombre prodigioso.

Stand. Sí.

O'Mara La idea de reconstruir la escena del crimen, de persuadir al asesino que él conocía la verdad y obtener así la confesión. ¡Es asombroso! (A sí mismo, intrigado.) ¿Pero por qué deducciones?

Stand. (Interrumpiéndole.) ¡Oh! ¡Las deducciones, los medios! ¡Poco importa! ¡Yo me había impuesto una misión: salvar a Spalding y descubrir al verdadero culpable! Mi misión está cumplida. Si nuestro honor padece por ello, tanto peor para nosotros. Mister Beverley merece toda mi gratitud.

O'Mara ¿Y ahora?

Stand. Ahora... ¿qué? En cuanto amanezca iré a ver al Fiscal. Es preciso que Spalding sea puesto en libertad inmediatamente. (Pausa.) Entonces empezará nuestro suplicio.

O'Mara ¿Qué opina de esto Beverley?

Stand. Mister Beverley me ha dicho únicamente: «Falta sólo averiguar el verdadero móvil del crimen. Yo lo averiguaré». Y después ha desaparecido misteriosamente, como siempre.

O'Mara El móvil del crimen, sí. ¿Por qué le mató?

Stand. Aún no lo sé. Pero lo que por desgracia parece seguro es que Alicia fué amante de Bárton... (Estupefacto aún.) ¡Alicia! ¡Es increíble!

ESCENA II

DICHOS y ETHEL

Stand. (Viendo entrar a Ethel por la primera derecha.) ¿Cómo está?

Ethel Acaba de dormirse. (Viendo a O'Mara.) ¡Ah!... ¿Usted aquí?

Stand. Le envié anoche a Hampton-Court, volvió muy tarde... y ha estado haciéndome compañía.

O'Mara ¡Tomo una parte tan grande en las penas de ustedes!

Ethel ¡Ah! ¡Nuestras penas!...

O'Mara (A Standish.) ¿A qué hora me necesitará usted?

Stand. No se preocupe de eso. Descanse lo que necesite.

O'Mara Hoy no estará usted para pensar en nada. Disponga de mí.

Stand. Repito que no.

O'Mara Sí, sí. (Mirando el reloj.) Voy a dormir una hora y vendré en seguida.

(Se inclina ante Ethel y sale por la tercera derecha.)

ESCENA III

STANDISH y ETHEL

Stand. ¿No ha dicho nada Alicia?

Ethel Ha preguntado dos veces si Enrique había vuelto.

Stand. ¿Nada más?

Ethel Nada más. No piensa más que en él. Temo que si Enrique no vuelve, Alicia no intente siquiera defenderse.

Stand. (Bajando la cabeza con reserva.) ¡Defenderse!

Ethel Explicar el hecho... justificarlo.

Stand. Me parece de difícil justificación.

Ethel Yo no puedo creer que Alicia haya sido amante de Bárton.

Stand. Escúchame, Ethel. Cuando por recobrar unas cartas se llega hasta el crimen, es preciso que esas cartas sean muy comprometedoras.

Ethel Una muchacha ingenua... (Subrayando.) realmente ingenua, puede creer comprometedoras cartas que acaso no lo sean.

Stand. ¿Pero cómo Alicia no se confió nunca a ti?

Ethel Se confió a mí únicamente para pedirme que la ayudara. Quiere a Enrique... quería recuperar las cartas... estaba como loca. Entonces me rogó que yo se las pidiese a Bárton. Bárton me dijo que sólo a ella se las devolvería, presentándole sus disculpas. La mañana del drama, Alicia me manifestó que Bárton la esperaba, a las nueve de la noche, para devolverle las cartas... Estaba tan febril, tan exaltada, que a pesar de su oposición quise acompañarla. La esperé a la puerta de la casa. La noche era muy obscura. Aguardé ansiosa, y cuando impaciente por su tardanza iba a entrar, oí una detona-

ción .. ¡Oh! Aquella detonación que aún parece resonar en mis oídos... Alicia que sale vacilante. pálida... Después nuestra fuga por las calles... ¡Que horror!... ¡Qué horror!... (Se pasa las manos por los ojos con horror.) ¡Ah! (Cambiando de tono.) Alicia me hizo su cómplice; pero nunca, nunca, su confidente.

Stand. ¿Y por qué no me lo dijiste todo?... ¡Has dejado condenar a Spalding! ¡A un inocente!

Ethel Alicia confiaba siempre en que la justicia reconocería su error, en que Spalding sería absuelto y...

Stand. Y en que el crimen quedaría impune.

Ethel Sí, sí.

Stand. Un crimen no queda jamás impune. Se puede burlar la ley; pero no se burla la conciencia.

Ethel ¡Es verdad, es verdad!

Stand. Por eso debiste contármelo todo.

Ethel Era un secreto que no me pertenecía.

Stand. La falta mayor no era traicionar un secreto, sino desconfiar de mí, guardar para ti sola un pesar y no compartirlo conmigo. Si te hubieras confiado a mí, yo hubiera impedido que tu hermana fuese criminal dos veces... (Animándose.) ¡Sí, dos veces, puesto que ha tolerado que un inocente ocupe su lugar! Tarde o temprano tendría que confesar, impulsada por su conciencia. Si lo hubiera hecho en el acto, nos hubiera evitado momentos en que llegué hasta a dudar de ti, Ethel.

Ethel ¡Ricardo! (Después de una pausa, sonriendo.) ¿A qué fué O'Mara a Hampton-Court?

Stand. (Dudando.) Quise saber si...

Ethel ¿Si el veinticuatro de Junio comí en casa de mistress Bocherston?

Stand. ¡Sí!

Ethel (Con reproche.) ¡Ricardo! (Le da un beso.) ¡Te perdono!

Stand. ¡Ethel! (Encolerizado de pronto.) ¡Oh! ¡Ese mister Beverley fué quien!...

Ethel (Cansada.) Dejemos ya a mister Beverley y ocupémonos de ti. Es preciso que descanses.

Stand. ¡Vamos, sí, vamos! (Pasándose la mano por los ojos.) ¡Qué noche!... ¡Y mañana, qué día! (Haciendo mutis por la primera derecha. Primero sale

Standish y luego Ethel, que cierra la puerta. La escena queda a obscuras Unicamente por el jardín se ve que, aunque aún es de noche, empieza a amanecer.)

ESCENA IV

ALICIA; luego NED; después BEVERLEY

(Pausa larga. Luego la puerta tercera derecha se abre lentamente y Alicia, con salto de cama claro, aparece andando con precaución. Cierra la puerta sin hacer ruido y casi a tientas avanza. Pasa a la izquierda y enciende la lámpara que hay sobre la mesa, delante del sofá. Hecho esto, sube a él y coge un libro de la biblioteca, lo lleva bajo la lámpara y cuando va a abrirlo, en ese preciso momento, suena un timbre. Alicia se detiene ansiosamente, escucha, y oyendo pasos dentro, vuelve a colocar el libro en su sitio rápidamente. Apenas lo ha colocado, cuando se abre la puerta del foro y entra Ned. Este queda un momento sorprendido, ve a Alicia y va hacia ella vivamente.)

Ned ¿Llamaba usted?

Alicia (Turbada.) No, Ned, no.

Ned ¿Por qué se ha levantado? ¿Qué hace usted aquí sola?

Alicia (Azorada) Nada, Ned. No podía dormir... Y vine a buscar un libro.

Ned Hay que ser razonable. Tiene usted fiebre... El doctor ha prohibido que se levante usted...

Alicia (Impaciente.) Ya lo sé; pero...

Ned ¿Se siente usted peor?... ¿Quiere que llame?

Alicia (Rápidamente.) ¡Ah, no! ¡No llame usted a nadie, Ned! ¡Voy a acostarme, voy a acostarme!...

Ned Es lo mejor.

Alicia (Va a salir. Desde la puerta pregunta.) ¿Mister Maitland no ha vuelto, verdad?

Ned No. (Alicia sale. Pausa. Ned, desde el centro de la escena, se pregunta asombrado.) ¿Pero, entonces, quién ha llamedo?

Bev. (Surgiendo bruscamente de detrás de un sillón que le ocultaba.) He sido yo, Ned.

(Desde el principio del acto Beverley estaba en el fondo de la escena, sentado en un gran sillón, de espaldas al público, a la izquierda de la puerta del fondo.)

Ned (Estupefacto.) ¡Mister Beverley!

Bev. (Apareciendo completamente y avanzando hacia el centro de la escena.) ¡Sí! (Con naturalidad.) Me quedé dormido en ese sillón y el hambre me ha despertado. ¿No habría por ahí, simpático Ned, algunos fiambres... y sobre todo una buena botella de Burdeos? Porque también la sed me ha despertado.

Ned (Desconcertado.) Sí, mister, pero...

Bev. Pues anda, sírveme en el comedor.

Ned (Pasmado.) No sé si debo...

Bev. ¡Debes, amabilísimo Ned, debes!... ¡Espera! (Lleva la mano al bolsillo del chaleco, pero como no encuentra nada, dice sencillamente.) Ya haré que te den una buena propina.

Ned Gracias, mister. (Va a salir.)

Bev. Anda. Ponme el cubierto, ponme el cubierto y no olvides el Burdeos.

(Antes de salir, Ned se vuelve aún estupefacto hacia Beverley. Luego sale por la derecha. El día avanza cada vez más.)

ESCENA V

BEVERLEY solo; luego SIR EVERARDO; más tarde NED

Bev. (Apenas se queda solo, corre a la biblioteca, toma la lámpara para ver los libros.) ¿Cuál de estos libros es? (Aproximando la lámpara, examina más de cerca.) ¡Ah! Hay un poco de polvo sobre la madera. ¡Perfectamente! El libro ha debido de dejar señales de su paso. (Encontrando lo que busca.) ¡Las ha dejado! (Leyendo el título del libro.) «Memorias de Ricardo Cumberland.» (Pronúnciese Cómberlan.) ¡Un libro que no lee nadie!... ¡Naturalmente!... (Toma el libro, de bella y antigua encuadernación, deja la lámpara sobre la mesa, se sienta y abre el libro. Dentro encuentra las cartas.) ¡Ah! ¡Ah! (Abre una de ellas.) Las cartas de miss Alicia a Bárton y las de él a ella. (Lee una de las cartas, después otra y después otra. Sonríe y murmura.) ¡Bah! (Se encoge de hombros y cierra el libro al oir pasos. Se cerciora de que alguien viene y entonces coloca rápidamente el libro en su sitio. Ha amanecido casi por completo. Dentro de un instante será completamente de día.) ¡Sir Everardo Marshall! ¿Ya?

(Sir Everardo entra precipitadamente por el foro, traje de mañana, abrigo y sombrero flexible.)

Ever. (Atontado.) ¡Ah! ¡Mister Beverley, buenos días! ¿Viene usted también por noticias? Amigo mío, ha estado usted asombroso.

Bev. (Sonriendo.) Ya lo sé.

Ever. (Continuando.) Yo no he podido pegar los ojos en toda la noche. Primero, porque la confesión de esa pobre muchacha me ha trastornado, y luego, porque mi mujer está en un estado de sobreexcitación terrible. De ésta se muere o se vuelve loca.

Bev. ¿De veras?

Ever. Su sueño es agitadísimo. Ve revólveres por todas partes.. Le llama a usted a gritos... (Muy contento.) ¡Va usted a conseguir que se muera, palabra de honor, lo va usted a conseguir! ¡Gracias, gracias, mister Beverley!

Bev. ¡Oh, sir Everardo!

Ever. Le he hecho tomar un calmante; pero nada, todo inútil; se empeñó en que viniera por noticias. Para tranquilizarla, la he prometido venir a informarme, y de paso aprovecharé la oportunidad para...

Bev. (Sonriéndose.) ¿Para ver a miss Olimpia?

Ever. ¡Caramba! ¿También lo sabe usted?... ¡Es verdad que usted lo sabe todo!

Ned (Entrando por la derecha.) Mister Beverley está servido.

Bev. ¡Gracias, Ned! (Va a salir y se detiene.) ¡Ah! Sir Everardo, dele usted diez chelines a Ned.

Ever. (Sorprendido) ¿Por qué?

Bev. Porque ha sido muy amable conmigo.

Ever. ¡Ah! Bueno. (Da los diez chelines a Ned.)

Ned (A Beverley.) ¡Muchísimas gracias, mister Beverley!

Bev. No hay de qué. No vale la pena. (Sale por la derecha.)

ESCENA VI

SIR EVERARDO y NED; luego ENRIQUE

Ever. (Siempre muy nervioso.) ¿Qué hay de nuevo? ¿Qué ocurre? ¿Cómo está esa encantadora chiquilla?

Ned Miss Alicia está un poco mejor.

Ever. ¡Ah! Bien, bien... ¿Y los Standish cómo siguen?

Ned Están descansando.

Ever. ¡Ah! Bien, bien. ¡Muy bien hecho! Bueno, no moleste usted a nadie. Dígales que he venido a primera hora... ¡Yo no soy de esas personas que abandonan a sus amigos en los días infaustos!

Ned Sir Everardo es muy amable. Iré a avisarles...

Ever. ¡Ah! ¡No, no! Yo, venir, vengo; pero prefiero no ver a nadie. No olvide decirles que he venido. ¡Adiós, Ned, adiós! ¿Por qué me habrá hecho darle diez chelines? (Mutis. Apenas ha hecho mutis sir Everardo aparece Enrique por la puerta del jardín, con el cuello del gabán subido y bufanda puesta.)

Ned (Viéndole.) ¡Ah! Mister Maitland, miss Alicia me preguntaba hace un momento si había usted venido.

Enr. (Grave.) Vaya usted a decirle que estoy aquí.

Ned Bien. (Sale por la primera derecha. Pausa. Después vuelve a salir por donde se fué y dice.) Miss Alicia viene en seguida.

Enr. Gracias, Ned.

(Ned hace mutis.)

ESCENA VII

ENRIQUE y ALICIA

(Pausa. Luego entra Alicia por la primera derecha.)

Alicia (Lentamente.) ¡Gracias, Enrique, por haber venido! ¡Temí no verte más!

Enr. Yo también pensé no volver. Mi primer impulso ha sido huir muy lejos... (Alicia hace un movimiento.) He vagado por Londres toda la noche... Luego, sin saber cómo, he vuelto aquí sin saber tampoco a qué.

Alicia Vienes a decirme adiós. No se casa nadie con una mujer que ha cometido un asesinato, que va a entregarse a la justicia. ¡Oh! (Lentamente, con la mirada fija.) ¡La cárcel!... ¡Los interrogatorios!... ¡El tribunal!.. ¡La sentencia!... (Se lleva la mano a los ojos.) ¡Oh, sí! ¡Vete, Enrique, vete para siempre!

Enr. (Después de una pausa.) ¡Alicia! (Alicia le mira.) ¿Por qué mataste a Bárton?

Alicia (Después de una vacilación.) ¡Sí! Tú eres el único que tiene derecho a saberlo todo. (Pausa.) Mister Bárton venía a esta casa con frecuencia. Yo atribuía sus visitas a su amistad con Ricardo, a la comunidad de sus intereses. Un día me di cuenta de que venía por mí... Aún no te conocía, Enrique... Estaba sola, muy sola... sin padres, sin más familia que Ethel y Ricardo. Bárton aprovechó mi soledad moral... supo explotarla en su favor, y en un momento propicio me confesó que me quería, que la vida con su mujer le era insoportable y que había resuelto divorciarse para casarse conmigo... Cometí la falta de creerle... Algún tiempo después tuvo que hacer un viaje de negocios y cambiamos algunas cartas...
(Pausa.)

Enr. (A media voz.) ¡Continúa!

Alicia Regresó... Y entonces se mostró tal cual era. Sólo entonces comprendí que todas sus promesas no habían sido más que un ardid para que le escuchase, primero... para que accediera a sus torpes deseos, después... Indignada le hice comprender que yo no era la mujer que él imaginaba, y violentamente le dije que todo había terminado entre nosotros.

Enr. ¿Cuándo fué eso?

Alicia Dos meses antes de conocerte, Enrique. ¡Ah! Tú me hiciste comprender claramente lo que es un amor respetuoso... ferviente... el amor de un marido.. (Con lágrimas en la voz.) Correspondí a ese amor, que era el primero de mi vida, y desde entonces, mi idea fija fué recuperar aquellas cartas. ¡No quería que la prueba de mi estúpida inconsciencia quedara en manos de aquel hombre! Rogué a mi hermana que se las pidiera... Bárton le contestó que las devolvería, pero a mí personalmente, porque deseaba pedirme perdón... El veinticuatro de junio, a las nueve de la noche... (Se detiene.)

Enr. ¡Continúa!

Alicia Fuí a casa de Bárton. Estaba solo... Había alejado de allí a todo el mundo. Empezó

disculpando su proceder conmigo. Me juró que seguía queriéndome, que no podía soportar la idea de perderme... la idea de que yo iba a pertenecer a otro hombre... ¡Qué sé yo!... ¡Frases!... ¡Al ver que yo le oía impasible, que le recordaba el objeto de mi visita, la cólera se apoderó de él... Abrió el cajón de la mesa... sacó las cartas, y mostrándomelas me declaró cínicamente que no me las devolvería... (Lentamente.) *sino con una condición*... Quise salir... La puerta estaba cerrada con llave... Intento gritar, pero aquel monstruo se arroja sobre mí y me sujeta fuertemente. ¡Oh! Aquella lucha afrentosa... aquel hombre que me estrechaba entre sus brazos, que pretendía besarme... Pugnando por rechazarle, llegué hasta una mesa... al apoyarme en ella, mi mano tropezó con un revólver... Instintivamente lo cogí... Haciendo un supremo esfuerzo consigo desasirme de aquel miserable, pero de nuevo se lanza sobre mí. Aterrada, siento su aliento cerca, muy cerca de mi cara, y cerca, muy cerca de mi boca su boca, que repite incesantemente: «¡Te quiero! ¡Te quiero! ¡Eres mía!» Entonces, asqueada, enloquecida, ciega por la ira, disparé el revólver. Los ojos de aquel monstruo me miraron un instante horriblemente abiertos, y su cuerpo se desplomó pesadamente. ¡Ah! ¡Por fin!... Me apodero de mis cartas, y frenética me lanzo a la puerta. ¡La llave, la llave para salir! Venciendo mi repulsión y mi espanto, la cojo de uno de los bolsillos de Bárton, abro y huyo, huyo de aquel lugar de maldición. Nadie me ha visto. Nadie sabrá nunca nada, nadie... nadie. (Pausa.)

Enr. ¿Pero por qué, por qué no decirlo todo? ¿Por qué consentir que condenen a un inocente?

Alicia ¡Ah! Sí, tienes razón. He sido cobarde. Confiaba en que los jueces no condenarían a Spalding, pero te juro que, perdida esa última esperanza, me hubiera delatado yo misma a la justicia. He callado por amor, por ti, sólo por ti. Sabía que este horrible drama nos separaría y me aferraba a una loca esperanza para no perderte. Los jueces po-

drían absolver a la delincuente, pero... ¿y tú? ¿Tú perdonarías a la mujer que querías?

Enr. (Dudando a pesar suyo) Para que así dudaras de mí es preciso... sería preciso...

Alicia Sería preciso... ¿qué?

Enr. Que no estuvieras muy segura de la legitimidad de tu defensa.

Alicia No te comprendo.

Enr. Para que dieras tanta importancia a esas cartas... para esperar a que mister Beverley... ¡Dímelo todo, Alicia, dímelo todo! ¡La verdad! ¡La verdad!

Alicia ¡Oh!

Enr. (Se detiene, la mira luego fríamente.) ¡Esas cartas que declaran el verdadero carácter de tus relaciones con Bárton!... ¡Enséñamelas!... ¡Quiero leerlas!

Alicia (Anonadada.) ¡Oh! ¿No me crees? ¿No crees en la sinceridad de mis palabras? ¿Necesitas pruebas? ¡Mi castigo!... ¡Mi castigo!...

Enr. (Irritándose.) ¡Quiero leer esas cartas!

Alicia (Fría, altiva.) No las leerás. ¡Las he destruído! Es cierto, es cierto lo que supones. ¡He sido la amante de Bárton. (Movimiento de cólera en Enrique.) ¡Adiós, Enrique! No tenemos nada más que decirnos.

Enr. (Violento.) ¡Alicia!

ESCENA VIII

DICHOS y BEVERLEY

Bev. (Que acaba de entrar por la derecha, con un vaso en la mano y muy tranquilamente.) Hace usted mal, mister Maitland.

Enr. (Se detiene en el momento de ir a salir por la izquierda.) ¡Beverley!

Bev. No se debe acusar a una persona sin estar tres veces seguro de que es culpable. Es un principio que me ha dado siempre excelentes resultados.

Alicia (Altiva.) ¿Por qué se mezcla usted?...

Bev. ¡En lo que no me importa! ¡Es mi oficio, miss Gray! Pero si he de aceptar mi parte en los disgustos de ustedes, deseo, por lo menos, atenuar la responsabilidad que me cabe

en ellos. ¿Yo he provocado catástrofes inevitables? ¡Que conjure al menos las que aún pueden evitarse!

Alicia ¡Mister Beverley!

Bev. (Sonriendo.) Sí, sí; las que aún pueden evitarse. (A Alicia.) Mister Maitland la ha ofendido a usted gravemente. No cree lo que usted le ha dicho. Eso prueba que está enamorado de usted. ¡No hay que guardarle rencor!... (A Enrique.) Miss Gray se acusa de una falta que, tal vez, no ha cometido... Le despide a usted, le hace sufrir horriblemente... Todo eso consiste en que le quiere a usted. ¡No hay que guardarle rencor! (Enrique hace un movimiento para interrumpirle.) ¡Déjeme usted acabar! Usted sospecha que miss Gray era amante de mister Bárton... Las cartas que ella fué a buscar probarían si sus sospechas son justificadas. ¡Y quisiera usted leer esas cartas!

Enr. ¡Pues bien... sí!

Bev. (Sonriendo.) Sí, pero... miss Gray, que es muy altiva, dice que las ha destruído.

Alicia ¡Sí, sí; las he destruído!

Bev. (Sonriendo.) ¡Muy altiva!... Y, sin embargo, supongamos que no sea cierto, que miss Gray hubiera tenido razones para conservarlas. Pudiéramos imaginar entonces que las había escondido... (Vacilando, como si buscara en su imaginación.) no en su cuarto... pero sí en un lugar donde nadie pudiera sospechar que están. Nadie, excepto yo.

Alicia (Con obstinación.) ¡Las cartas no existen!

Bev. (Con una mano sobre la frente, como inspirado, recitando.) He disipado estúpidamente mi juventud y mi fortuna. Heme aquí, viejo y pobre Sólo me resta narrar cómo no hubiera debido vivir... ¿Por qué vienen a mi memoria estas frases de Ricardo Cumberland?

Alicia (Angustiada, a media voz.) ¡Mister Beverley!

Bev. (Siempre como inspirado.) «Las Memorias de Ricardo Cumberland»... ¡Hermoso libro!... ¡Encuadernado en piel!... ¡Entre las páginas 32 y 33 están las cartas!

Enr. (Vivamente.) ¿Y el libro? ¿Dónde está el libro?

Bev. (Como antes.) ¡Aquí! ¡Ahí... arriba... entre los otros... en el centro!

Enr. (Corriendo a la biblioteca y encontrando el libro.) «Memorias de Cumberland»... ¡Aquí están! (Saca las cartas.)

Bev. (Quitándoselas rápidamente.) Deme usted. (Las coge y se las guarda en un bolsillo, conservando la mano dentro de él. La mano se verá que se revuelve dentro del bolsillo, nerviosamente, como buscando algo.)

Alicia (Imperiosamente.) Le prohibo a usted que entregue esas cartas a mister Maitland.

Bev. (Tranquilamente.) ¡Lamento desobedecerla, miss Gray, pero es indispensable que se las dé!

Alicia (Con rabia.) ¡Mister Beverley!

Bev. (Con gran calma saca del bolsillo la mano y en ella las cartas.) Aquí están. Puesto que duda usted de miss Gray, lea estas cartas. Hay que estimar extraordinariamente a la mujer a quien se ama, para creerla, bajo su palabra, en ciertas circunstancias de la vida. Ese deseo de pruebas que le atormenta a usted, podrá parecer mezquino, pero es perfectamente comprensible... Cualquier mujer se lo perdonaría a usted... Falta saber si miss Gray es una mujer cualquiera. No lo creo así... Y bien nos ha demostrado que no lo es. Ahora... (Lentamente le da las cartas.) ¡Tome usted!

Enr. (Las coge, mira a Alicia, duda, y, por fin, las arroja al fuego con decisión.) ¡Oh! ¡Perdóname, Alicia! (Las cartas arden.) ¡Perdóname!

Alicia (Conmovida.) ¡Enrique! ¡Enrique! ¿Me crees, me crees? (Se arroja en sus brazos.)

Bev. (Mirando cómo arden las cartas.) ¡Gracias a Dios! ¡Bravo, mister Mailand!

Alicia (A Beverley, con reconocimiento.) No lee usted solamente en el pensamiento, mister Beverley, lee usted también en los corazones.

Bev. (Con ingenuidad.) Leo en todas partes. (Cambiando de tono.) Yo, como no estoy enamorado de usted, no dudé nunca. No necesitaba leer esas cartas. El solo hecho de haberlas conservado, prueba que eran su justificación completa, absoluta. (Pausa.) ¡Qué desgracia que se hayan quemado!

Enr. ¿Por qué?

Bev. Porque si aún las tuviéramos en nuestro poder la absolución de miss Gray era segura.

Enr. (Espantado.) ¡Oh! ¡Dios mío! (Corre a la chimenea.)

Bev. (Le detiene sonriente.) ¡No se arrepienta usted de su arranque generoso! (Sacando otro paquete del bolsillo.) ¡Las cartas están aquí!

Alicia
Enr. ¿Cómo?

Bev. ¡Ah! Es que... ¡Soy también un poco prestidigitador! (Indicando que al guardárselas antes en el bolsillo hizo el cambio de las cartas.—Telón.)

FIN DE LA COMEDIA

Estos ejemplares están destinados exclusivamente al servicio escénico.